

LISTADO DE RESEÑAS

- AYALA, Jorge M.:** *J. D. García Bacca. Biografía intelectual (1912-1938)*. Por Antonio Jiménez García (pág.).
- BAUZÁ, Hugo Francisco:** *El imaginario en el mito clásico. IV Jornada organizada por el “Centro de Estudios del Imaginario”* Por Adrián Celentano (pág.).
- BEORLEGUI, Carlos:** *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*. Por Antonio Jiménez García (pág.).
- BERMEJO CASTRILLO, Manuel Ángel (Ed.):** *Manuales y textos de enseñanza en la Universidad liberal. VII Congreso internacional sobre la historia de las universidades hispánicas*. Por A. González Urbano (pág.)
- BIAGINI, Hugo E.:** *Entre la identidad y la globalización*. Por Mariela Mustapich (pág.)
- BLANCO, F.:** *El cultivo de la mente: un ensayo histórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Por Jorge Castro Tejerina (pág.)
- CAPELLA, Juan-Ramón:** *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*. Por Pedro Ribas (pág.)
- Conceptos. Revista de Investigación Graciana.** Por Elena Cantarino (pág.)
- CSEJTEL, Deszö:** *Muerte e inmortalidad en la obra filosófica y literaria de Miguel de Unamuno*. Por Pedro Ribas (pág.)
- ESQUILO & SÓFOCLES & EURÍPIDES:** *Obras Completas*. Por José M. Zamora (pág.)
- FRANZ, Thomas R.:** *“Niebla” inexplorada: midiendo intersticios en el maravilloso texto de Unamuno*. Por José Luis Mora García (pág.)
- GARCÍA PINACHO, Pinar & PÉREZ CUENCA, Isabel (Eds.):** *Actas del Congreso Internacional “Leopoldo Alas Clarín en su centenario (1901-2001): espejo de una época”*. Por Eugenio Suárez-Galbán Guerra (pág.)
- GONZÁLEZ DE LINARES, Augusto:** *La vida de los astros*. Por Pedro Ribas (pág.)
- GRACIÁN, Baltasar:** *Agudeza y arte de ingenio*. Por Antonio Jiménez García (pág.)
- MIGNOLO, W.:** *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Por María del Carmen Doncel y Juan Carlos Gimeno (pág.)
- MINDÁN MANERO, Manuel:** *Mi vida vista desde los cien años. “Tercer tomo de testigo de noventa años de historia”* Por Antonio Jiménez García (pág.)
- ORTEGA Y GASSET, José:** *Obras Completas*. Por José Lasaga (pág.)
- PACHECO, Daniel & Díez Torre, Alejandro R. & SANZ, Alejandro:** *Ateneistas ilustres*. Por José Luis Mora García (pág.)
- PÉREZ GALDÓS, B.:** *El crimen de la calle Fuencarral. El crimen del cura Galeote*. Por J.L.M
- QUESADA MARTÍN, Julio:** *La filosofía y el mal*. Por Adriana Rodríguez Barraza (pág.)
- SÁNCHEZ CUERVO, Antolín & SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín & SÁNCHEZ DÍAZ, Gerardo (Coords.):** *María Zambrano. Pensamiento y exilio*. Por Marta Nogueroles (pág.)
- SÁNCHEZ CUERVO, Antolín C.:** *El pensamiento krausista de G. Tiberghien*. Por Ricardo Pinilla (pág.)
- SARRIÓN, Adelina:** *Beatas y endemoniadas. Mujeres heterodoxas ante la Inquisición siglos XVI al XIX*. Por José Luis Mora García (pág.)
- Storia delle storie generali della filosofia.** Por A. González Urbano (pág.)
- URRUTIA JORDANA, Ana:** *La poetización de la política en el Unamuno exiliado. “De Fuerteventura a París” y “Romancero del destierro”*. Por Goretti Ramírez (pág.)
- VAUTHIER, Bénédicte:** *Arte de escribir e ironía en la obra narrativa de Miguel de Unamuno*. Por Mercedes Gómez Blesa (pág.)
- VEGA REÑÓN, Luis:** *Si de argumentar se trata*. Por Enrique Alonso (pág.)
- ZAMBRANO, María:** *Extractos del curso de Ortega sobre Galileo (1933)*. Por Juana Sánchez-

Gey Venegas (pág.)

ESQUILO & SÓFOCLES & EURÍPIDES: *Obras completas*. Madrid, Cátedra, 2004, 1563 págs. Trad. de Esquilo: José Alsina; trad. de Sófocles: José Vara Donado; trad. de Eurípides: Juan Antonio López Férez y Juan Miguel Labiano. Ed., int., notas y apéndices de Luz Conti, Rosario López Gregoris, Luis M. Macía y M^a Eugenia Rodríguez, bajo la coord. de Emilio Crespo.

En este volumen se incluye la traducción castellana de las siete tragedias seleccionadas por los antiguos, tanto de Esquilo como de Sófocles, y las dieciocho conservadas de Eurípides, además del drama satírico de este último titulado *El ciclope*. Todas ellas fueron redactadas entre 472 y 401 a.C. Entre las novedades de este libro, que recoge las treinta y tres obras griegas de Esquilo, Sófocles y Eurípides transmitidas íntegramente por los manuscritos medievales, destacamos las siguientes: 1) La traducción fidedigna y clara, lo que permite al lector aproximarse al género literario de la tragedia griega clásica. 2) La ordenación de las tragedias según la cronología del tema -del mito o del suceso histórico en que se basa el argumento-, y no según la fecha de sus autores ni el momento de composición. El precedente de la lista de tragedias conforme a la cronología del tema se remonta a la elaborada por el humanista Willem Canter (1542-1575) y, más recientemente, a la traducción de Fernández Galiano (Planeta, 2 vols., 1986 y 1991), y a L. Macía, en su ordenación de las tres tragedias de Eurípides protagonizadas por los hijos de Agamenón (Alianza, 2002). La tabla cronológica que incluye el libro (pág. 1486) ayuda a la lectura de las obras según el orden en el que fueron representadas. 3) El libro es fruto de un trabajo colectivo. Por una parte, recoge las traducciones publicadas en la editorial Cátedra por J. Alsina (Esquilo), J. Vara Donado (Sófocles), J.A. López Férez (Eurípides I) y J.M. Labiano (Eurípides II, Eurípides III), en las que se han depurado las erratas, respetado los signos críticos empleados y unificado la transcripción de los nombres propios según las normas de Fernández Galiano (Madrid, SEEC, 1969²) y Vicuña y Sanz de Almarza (Ediciones Clásicas, 1998). En las tragedias de Esquilo se mantiene el nombre transcrito para conservar el ritmo de las traducciones en verso de Alsina. Asimismo, resulta fácil reconocer las distintas partes, cantadas y no cantadas, de estas obras, ya que las partes recitadas -los diálogos y alocuciones de los personajes- se presentan en redonda; las cantadas, normalmente por el coro, en *cursiva* ; y el resto, particularmente las intervenciones en salmodia del coro, en óptima (algo que caracteriza a la cuidadosa edición de la colección *Bibliotheca Aurea*). Por otra parte, los editores del presente volumen han elaborado la introducción, la presentación de cada tragedia y un cuadro sinóptico histórico cultural. Esto, unido a los índices de nombres propios, de nombres de personas, de accidentes geográficos, de mapas y de ilustraciones, facilita la lectura de la obra. La belleza de la edición se incrementa con las cuidadas imágenes, entre las que debemos señalar los dibujos de John Flaxman para ilustrar las tragedias de Esquilo.

La tragedia se caracteriza por la oposición de la palabra y del canto, de la colectividad (el coro formado por doce y luego por quince coreutas que son aficionados especialmente entrenados) e individuos (los actores, que son profesionales). Entre individuos y grupo se lleva a cabo una interacción constante, lo que otorga la originalidad a la tragedia griega y permite medir las acciones de los héroes teniendo en cuenta los valores e intereses de la colectividad. La función del coro en la tragedia varía de una obra a otra. En las *Las suplicantes* o en *Las euménides* de Esquilo el coro desempeña una función central, pudiendo incluso concentrarse en él, cuando su destino aparece estrechamente relacionado con el del héroe, como en el *Agamenón* de Esquilo o en el *Ayante* de Sófocles. En cambio, puede limitarse a ser un mero espectador, como en *Las traquinias* (con un coro compuesto por

mujeres de Traquis, ciudad en que la familia de Heracles halló refugio) o en *Las fenicias* (con un coro compuesto de fenicias que acudían a Delfos y se encuentran retenidas en Tebas, mezcladas casi azarosamente en la guerra entre Tebas y Argos).

Las representaciones teatrales no solo eran ceremonias públicas, sino que en ellas también se integraban una serie de ceremonias religiosas estrechamente relacionadas con el culto a Dioniso. Las Dionisias rurales tenían lugar durante el mes de Posidón (diciembre). El elemento central de esta fiesta era un *kósmos*, cortejo de gente embriagada que cantaba y bailaba transportando por las calles un *phallós* monumental. En un momento dado, se introdujeron representaciones dramáticas, pero desconocemos la fecha de esta innovación. Por su parte, las Dionisias urbanas, denominadas grandes Dionisias o simplemente Dionisias, tenían lugar durante el mes de *Elaphebolion* (a finales de marzo). Esta fiesta fue instituida en honor de Dioniso *Eleuthereus*, cuya estatua se suponía que había sido traída de *Eleutheres*, en la frontera entre Ática y Beocia, a Atenas, donde se hallaba en el antiguo templo de Dioniso situado en el recinto del teatro. Para actualizar esta llegada se transportaba la estatua a un templo exterior a la ciudad que se hallaba en el camino de *Eleutheres*, no lejos de la Academia, y después se la traía a la luz de antorchas para colocarla en el teatro. Esta fiesta era importante no solo por los concursos de poesía dramática (tragedia, comedia, drama satírico) y lírica (ditirambo) que tenían lugar, sino también porque estaba abierta a todos los griegos y porque, como los ciudadanos tenían vacaciones, era la ocasión para Atenas de numerosos e importantes actos políticos.

La estructura formal de las tragedias griegas clásicas es semejante, articulándose en diferentes partes: 1) *Prólogo*, que pone en antecedentes a los espectadores sobre el tema, pudiendo ser un relato de un personaje o un diálogo entre dos personajes. 2) *Párodos*, cuando el coro entra en la *orquétra*, al son de un poema a ritmo de marcha. 3) *Episodios*, cinco o seis, separados por *estásimos* o cantos corales. El término *episodio* hace referencia originariamente a la entrada de un personaje en el escenario. Cada escena se compone de uno o varios *resis* (parlamentos largos) o de uno o más diálogos. Con frecuencia, cada *episodio* comienza con dos *resis* y se cierra con una *esticomitia* (pasaje dialogado). 4) *Éxodos*, cuando el coro se retira de la *orquétra* al mismo tiempo que se interpreta un poema. Asimismo, en muchas tragedias hay pasajes en los que tanto el coro como un actor cantan (*kommós*) y también hay pasaje en los que el coro canta y el actor responde recitando versos (*diálogo epirremático*). La influencia del movimiento de los sofistas en la estructura de la tragedia se hizo patente a finales del s. V a.C. Un efecto de ella fue el uso progresivo del *ágon*, disputa de palabras ente dos personajes, que defienden dos puntos de vista contrarios.

En la tragedia griega clásica encontramos reflejados los ejemplos del conflicto existente entre la sociedad mítica del pasado, enmarcada en un sistema religioso arcaico, y la sociedad democrática que se va abriendo camino y en la que la responsabilidad individual va cobrando un papel cada más influyente. El mundo aristocrático aparece enfrentado a una nueva sociedad democrática, que amplía derechos iguales a los ciudadanos, pero que exige una responsabilidad personal y un esfuerzo en el interior de la *pólis*. Este conflicto queda expresado en la interrelación establecida entre el héroe y el coro, por un lado, y la importancia paulatina del *agón* como unidad estructural, por otro (véase, “Introducción”, pág. 49).

Esquilo fue el verdadero “creador de la tragedia”. Pertenece a la generación gloriosa de los atenienses que vencieron a las tropas persas. De hecho, la guerra recorre la tragedia de Esquilo. En *Los persas*, la única tragedia histórica conservada, Esquilo pone ante los ojos de los vencedores los desastres de los que habían vencido ocho años antes. En su teatro el individuo aparece unido al grupo sin separarse en ningún momento de los dioses. Paralelamente, la unidad del tiempo, que no separa el futuro del pasado, queda señalada estructuralmente en *Los persas*, el *Agamenón* y el *Prometeo* por la existencia de una escena, situada en el centro de la tragedia, que une la evocación del futuro y el recuerdo del pasado.

El teatro de Sófocles se basa en el universo de contrastes entre: 1) personajes, como el que se produce entre las hermanas que encarnan, una el “carácter heroico” y otra la humanidad común (Antígona e Ismene en *Antígona*, Electra y Crisótemis en *Electra*); 2) tesis, como el que el que opone en *Antígona* los “decretos del soberano a las “leyes no escritas” de los dioses; y 3) escenas, en *Ayante* la muerte del héroe corta la tragedia en dos, lo cual destaca las “excelencias” del héroe en un mundo del que se encuentra ausente.

Las tragedias de Eurípides manifiestan también la riqueza de contrastes. Por un lado, aproxima la tragedia a la realidad, y rodea a los héroes míticos de personajes comunes, como los viejos servidores de *Electra*, de *Ión* o de *Ifigenia en Áulide*, o las nodrizas de *Hipólito* o de *Medea*, y, por otro, la lengua cotidiana de algunos personajes contrasta con pasajes líricos muy elaborados, opuestos al carácter prosaico de algunos diálogos. El Egipto en *Helena* se contrapone a Troya. La corrupción de algunos personajes contrasta con la pureza de otros. Una obra que se dirige a la sensibilidad arraigando en la inteligencia. Eurípides transforma a Medea, una maga de leyenda, en una mujer “hábil” que triunfa tanto por medio de la palabra como por medio del veneno. En ella se encarnan las principales características de los grandes sofistas de la Atenas de Pericles.

En definitiva, las obras completas que presentamos resultan de fácil manejo para el lector actual, tanto por la traducción actualizada como por las breves introducciones que las presentan, los índices de nombres y los anexos. Ante la imposibilidad de leer el texto de las tragedias de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides tal como fue escrito -la lengua griega en la que están escritas no es la cotidiana, sino una lengua artificial, mezcla de diferentes dialectos- el lector actual, por medio de esta edición y traducción, reconstruye el sentido de las representaciones en un texto bellamente dispuesto sobre las páginas.

José M. Zamora

BAUZÁ, Hugo Francisco: *El imaginario en el mito clásico IV. Jornada organizada por el “Centro de Estudios del Imaginario”*. Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 2004, 144 págs.

El debate en ciencias sociales y filosofía, no cesa de interrogar sobre los condicionamientos a las acciones de los hombres, y -a propósito de lo racional o irracional de esos actos- se presenta la importancia del concepto de *imaginaire*, que implica también un método acuñado por el pensador francés Gilbert Durand. El presente volumen compilado por Hugo Francisco Bauzá nos presenta esta concepción que sirve para una mirada transdisciplinaria, invitando a dejar de lado aquellos aspectos iconoclastas que en nuestra cartesiana matriz nos han llevado a dejar de lado el carácter *anagógico* que tienen las imágenes, es decir de elevarnos y remitirnos a realidades no presentes, trascendentes de nuestra existencia histórica. Durand acuña una nueva categoría, la *imaginación simbólica*, la imagen de un significado imposible de representar, como en el mito del Fedón, al tratar el dominio del mas allá después de la muerte, que obliga a la representación a una transfiguración completamente abstracta. El *imaginario* representa así imágenes organizadas por la *narración mítica*, lo que le permite a una sociedad expresar sus valores e interpretaciones frente al tiempo y la muerte.

Los primeros en avizorar esta “zona ignota” han sido los surrealistas, mostrando los enfrentamientos dramáticos del deseo con los obstáculos innombrables que tratan de barrer los tabúes morales, del pudor y del egoísmo. Como el psicoanálisis, el *imaginario* trata de abarcar lo inconsciente a la vez que lo lógico, tanto la escultura como el ojo del escultor a través de los condicionamientos que modelan su mirada, impregnada de aquellos

condicionantes. Desde este punto de vista, se entiende la ambiciosa aspiración de Durand a constituir un mapa general de arquetipos de *imaginaires*, sin despreciar los métodos de asir lo racional científicamente pero apoyándose en el psicoanálisis, la antropología y postulados del estructuralismo. En esta perspectiva, se presentan un conjunto de trabajos que exploran con esta concepción cuestiones de filosofía, literatura, historia, antropología y estética alrededor de los mitos clásicos. Estos textos son resultado de las jornadas referidas en el título y también son parte de un proyecto de investigación -dirigido por el compilador- sobre el mito clásico en el teatro y el arte argentinos, lo que favorece un abordaje de problemas no solo teóricos, ni eurocéntricos exclusivamente. De hecho, el volumen tiene dos caminos, el que lleva por la discusión del conceptual del *mito* y el que atraviesa la crítica teatral y literaria de la presencia mítica en la escena argentina.

La demarcación definitoria pasa -entre otros- por Kirk, para quien el mito no es aprehensible en forma completa por lo racional, por Grimal que supone en el mito una actitud mística y contemplativa, y por Eliade que lo hace funcionar como modelo para ritos y actividades humanas, además de señalar la diferencia de temporalidad que portan, por su autorreferencia como eterno principio. Otra arista destacada es la vitalidad del mito en la oralidad y su pérdida de potencia cuando resulta fijado a la escritura, lo cual lo emparenta con la poesía en su dependencia de la voz, el ritmo y la entonación. El *mito* tiene una panorámica discusión en el libro, que se cruza con la del *logos* griego, también constitutivo del mundo clásico, con similares problemas de polisemia, como desarrolla el compilador, en su trabajo de definición del mito, diferente del *logos*, más abstracto y analítico. Esto último, por conocido, no es menos polémico, en la medida en que el *origen* del mundo clásico es resultado de múltiples operaciones culturales y sociales, que dieron lugar a un complejo cuerpo de ideas, relatos y justamente, mitos. De manera que la diferenciación del *logos*, se establece en Hesíodo -que era poeta- por la pretensión de fundar una teocosmogonía, cuya racionalidad residía en su ordenamiento para explicar la *physis*. En este punto no son conciliables la tesis de Lévi-Strauss, que ve en el mito un código inconsciente, con la de Hübner que ve en el mito el reconocimiento de lo alógico de la realidad. El trabajo de Miceli, alrededor de Bataille, sigue críticamente a Marx y Nietzsche indagando una cuestión afín: el problema de los límites que impone la racionalidad para comprender las ineluctables contradicciones de los hombres, con la ley y el deseo. Por algo será que Mariátegui -invocando lecturas afines- negaba que solo con una certeza racional burguesa alcanzara para emancipar a los hombres y requería del *mito* para la lucha.

Los mitos son revisitados en el caso dionisiaco por Jean-Jacques Wunenburger impugnando nuestra recepción moderna y señalando la posibilidad de ausencia de sentido revelador que porta este -nuestro- *mito*. Edipo es abordado por el brasileño Francisco Marshall, recorre las variaciones contextualizadas, centrándose en la interpretación del erudito del siglo XVII Athanasius Kircher, confrontada con el *Oedipus* griego y freudiano, trabajo con un interesante corolario sobre la pertinencia de la relación entre el *imaginario* griego con el egipcio, en la medida en que la historia egipcia presenta paralelos en las estructuras de parentescos, trayectos políticos, y sugerencias de incesto, además de otras reconocidas vinculaciones defendidas por Herodoto y Platón.

A propósito de Eurídice y Orfeo, Bonilla entabla un dialogo con la obra de Cortázar y Saramago. Y, a propósito del *Orestes* de Omar Fantini, Sarti presenta la lectura de lecturas, que hace el director quien originalmente iba a trabajar *Hamlet*, pero que viró hacia la Orestíada y las Electras, para “ir a las fuentes”, en una puesta ubicada en un palacio micénico, aunque esto no deje de remitir al problema de la fidelidad y la “infidelidad” a la fuente. Otra es la lectura de Gambartes, Vila y Araiz sobre el mismo *mito* en su ópera-tango, en este caso tomada por Babino, quien subraya el acierto de interpolar *El reñidero* de Sergio de Cecco, tanto para traer el tópico de la muerte y la lectura psicoanalítica de Oreste, como la necesaria

contemporaneidad porteña, a la que nos lleva una reinterpretación, no solo literal sino visual y auditiva. Esto último al incorporar el tango y el candombe, trae nuevamente lo colectivo y coral que -como en la Grecia antigua- se instala observando al rey.

Adrián Celentano

BEORLEGUI, Carlos: *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad.* Bilbao, Universidad de Deusto, 2004, 895 págs. ISBN: 84-7485-941-7.

Lo primero que se me ocurre al presentar esta excepcional y voluminosa obra del profesor de la Universidad de Deusto Carlos Beorlegui es la tarea titánica que le ha tenido ocupado durante varios años para poderla llevar a feliz término. Una historia que recoge la evolución del pensamiento latinoamericano desde la época precolombina hasta las últimas generaciones filosóficas del siglo XX y que muestra el devenir de escuelas, tendencias y posiciones en los debates habidos a propósito de la identidad, posibilidad, existencia y autenticidad del pensamiento filosófico latinoamericano. Porque es esta problemática la que ha marcado la selección y discriminación de nombres y tendencias, como señala el autor en la introducción: “La función de la historia es discriminar entre unos datos y otros. Sería imposible hacer referencia a todos los autores, obras y acontecimientos. Como he señalado, la primera y más importante selección la he realizado desde la óptica de primar la línea americanista, dejando en segundo término a los autores y obras que no se han escrito desde este horizonte teórico” (pág. 24). Así que en esta exhaustiva historia de la filosofía se refiere más que nada a todos aquellos autores que han fijado sus preferencias en torno al problema de la identidad y autenticidad del pensamiento latinoamericano.

En segundo lugar creo que Carlos Beorlegui era la persona más adecuada para escribir semejante historia. Y esto no sólo porque es catedrático de Antropología filosófica y de Historia de la filosofía española en la Universidad de Deusto, sino porque fue discípulo de Ignacio Ellacuría y desde hace varios años es Profesor invitado en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador (UCA), el lugar donde el filósofo zubiriano fue asesinado por los escuadrones de la muerte junto con otros compañeros jesuitas a causa de su compromiso social. En esta universidad el profesor Beorlegui ha impartido cursos sobre filosofía española contemporánea, sobre el pensamiento hispanoamericano en general y sobre la filosofía de la liberación latinoamericana, especialmente desde los nombres de Ignacio Ellacuría, Enrique Dussel y Juan Carlos Scannone. Nadie por tanto más idóneo que él, inmerso en el pensamiento latinoamericano actual y visitante todos los años por un semestre de aquellas tierras.

El conjunto de la obra se compone de once capítulos, iniciándose el primero con una serie de cuestiones metodológicas y de fondo muy necesarias cuando se trata de filosofías no hegemónicas, como es el caso de la latinoamericana, muy lejos en su planteamiento del eurocentrismo filosófico. Aquí trata el autor el clásico problema de la existencia de las filosofías nacionales o regionales; el problema del nombre -no comparto la elección de Latinoamérica-; la vieja cuestión filosofía vs. pensamiento (o más bien *Filosofía* con mayúscula frente a *pensamiento* con minúscula), para distinguir claramente entre filósofos auténticos, *stricto sensu*, centroeuropeos y anglosajones por ejemplo, y autores menores que se mueven en el ámbito de la literatura y del ensayo filosófico, como sería el caso de españoles, portugueses, hispanoamericanos y brasileños. Beorlegui opta por la expresión *pensamiento filosófico*, que vale tanto para los que piensan que son dos cosas esencialmente distintas, como para los que opinan -es nuestro caso- que son lo mismo. Lo que viene a

significar una idea de la filosofía entendida de modo plural y no de forma unívoca. Aborda también el debate sobre dónde situar el comienzo de esta historia filosófica, y, aunque reconoce el planteamiento restrictivo de quienes lo sitúan en los inicios del siglo XX, prefiere un criterio sumamente amplio que de cabida a la época precolombina, a los siglos de la colonia española y portuguesa, y al período posterior a la emancipación política, que es cuando se empieza a plantear (por razones obvias) la cuestión de las diferentes identidades nacionales. Por último, dedica unas páginas al método de investigación de dicho pensamiento, recogiendo las aportaciones que sobre este punto han realizado pensadores latinoamericanos como Leopoldo Zea, Arturo Andrés Roig, Salazar Bondy, Horacio Cerutti. En todo caso un método más explicativo que descriptivo, más historicista que academicista, un método que se mueve en los parámetros de la historia de las ideas según la línea que José Luis Abellán dejó plenamente establecida para la historia de la filosofía española.

En cuanto al contenido temático de dicha historia los diferentes capítulos nos van ofreciendo por épocas y movimientos los nombres más imprescindibles desde la etapa precolombina, basada en las cosmovisiones indígenas, hasta los actuales intentos de un pensamiento latinoamericano marcado por la postmodernidad y el postcolonialismo. Y en medio la filosofía durante la colonia española y portuguesa; el proceso de emancipación política y cultural en la primera mitad del siglo XIX, con los nombres de Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Francisco Bilbao; la segunda mitad ocupada por krausistas y positivistas, y por José Martí; el desarrollo del pensamiento durante el siglo XX con la generación de 1900 (José E. Rodó, Vaz Ferreira, Justo Sierra, Alejandro Korn, Fariás Brito...); la generación de 1915-16 (Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña...); el grupo generacional de los años treinta o los “forjadores” (Samuel Ramos, Francisco Romero, los exiliados José Gaos y J. D. García Bacca); el grupo generacional de 1950-60 (Leopoldo Zea y el Grupo Hiperión, Octavio Paz, Salazar Bondy, Miró Quesada, Arturo Andrés Roig y Arturo Ardao); la generación de los años setenta con las diferentes filosofías de la liberación: Mario Casalla, Gunter Rodolfo Kusch, Juan Carlos Scannone, Enrique Dussel, Ignacio Ellacuría...

Una rápida ojeada a este rico y complejo contenido temático muestra claramente cómo el autor, sin perder de vista la evolución histórica de la filosofía latinoamericana desde sus inicios hasta el momento presente, ha desarrollado sobre todo las diversas formas de pensamiento contemporáneo y actual, pues el siglo XX ocupa más de la mitad de la obra, exactamente en torno al sesenta por ciento. Es necesario señalar también que uno de sus aciertos más logrados es la bibliografía actualizada con que se cierra cada uno de los once capítulos. Hoy, gracias a esta imprescindible y necesaria obra de Carlos Beorlegui, los que nos dedicamos a explicar la historia del pensamiento hispanoamericano en la universidad disponemos del mejor y más completo manual. Pero es mucho más que un excelente manual: por su rigor crítico, por su claridad expositiva y, ante todo, por su diálogo comprensivo y reflexivo con los autores y frente a los temas que trata, marcará un hito en los estudios latinoamericanistas de nuestro país y despertará, eso al menos espero, el interés aquí por una filosofía bastante desconocida. Y concluye con esa visión objetiva del pensamiento hispánico o ibérico en su totalidad, iniciada por la historia de José Luis Abellán en lo referente al pensamiento español (1979-1991) y continuada por la de Pedro Calafate en lo relativo al pensamiento portugués (1999-2004).

Antonio Jiménez García

BLANCO, F.: *El cultivo de la mente: un ensayo histórico-crítico sobre la cultura psicológica.* Madrid, Antonio Machado, 2002, 241 págs. ISBN: 84-7774-141-7.

A mediados de la década de los 90 Florentino Blanco se embarcó junto a Alberto Rosa y Juan Antonio Huertas en una ardua reflexión sobre la labor historiográfica en el ámbito psicológico; una tarea que cristalizó en varios artículos y en la redacción de un manual de *Metodología para la Historia de la psicología* (1996). En este último trabajo se ofrecía un complejo marco historiográfico para analizar el desarrollo, las discontinuidades y cambios diacrónicos del discurso psicológico. En uno de sus múltiples y estimulantes recovecos argumentativos que transcendían el mero interés reconstructivo, también se sugería la pertinencia teórica de realizar el recorrido inverso; esto es, abordar el escrutinio del marco psicológico o, más bien, antropológico, en el que se inscribe la necesidad de sentido histórico mostrada por la cultura occidental.

Sin abordar sistemáticamente tamaña tarea, éste es el sendero que Florentino Blanco eligió hace ahora un año y medio para adentrarse en la “cultura psicológica” o, lo que es lo mismo, el contexto discursivo en el que, trascendiendo la psicología oficial, disciplinada o, en adjetivo feliz de G. Bueno, “administrada”, se cincela la condición humana propia de la modernidad.

En el punto de partida de la obra de Blanco aparece el impulso del ser humano a dar sentido en ausencia de certeza alguna sobre la naturaleza humana; una obsesión hermenéutica que lleva a Blanco a simpatizar explícitamente con lo que se ha dado en llamar posiciones relativistas o “débiles” por oposición al pensamiento realista, racional o “fuerte”. El anclaje en las tesis de Giambattista Vico o de los sofistas permite que el autor esquive en la mayoría de las ocasiones la etiqueta de la postmodernidad. Pero sin duda, este último referente es el que emerge en una obra que tiene como horizonte la crítica a las seguridades antropológicas (filosóficas, psicológicas, históricas o científicas) de la modernidad occidental.

Precisamente, tratando de eludir los clásicos aspavientos defensivos o litigantes típicos de la mala conciencia postmoderna, Blanco ha procurado cuidar mucho su estilo expositivo. Consciente de la inherencia persuasiva del acto de comunicación, ha optado por mantener una perspectiva irónica a la hora de exponer la mayoría de sus propuestas. Es importante apuntar que su planteamiento no sólo ha sido desarrollado sobre la crítica de autores clásicos del repertorio psico-filosófico (Descartes, Vico, Pico de la Mirandolla, Fichte, etc.) y de algunos de los más ilustres representantes nacionales (Á. Rivière, I. Pozo, A. Caparrós, J.B. Fuentes, T. Fernández, etc.) e internacionales (N. Chomsky, J. Bruner, K. Danzinger, N. Rose, P. Soyland, etc.) de la psicología actual, sino también sobre el análisis de muchos productos culturales que florecen en los límites de la modernidad. Así, junto a algunos breviaros enciclopédicos o introductorios a diferentes ramas del saber (*Enciclopedia Álvarez*, historias e introducciones a la psicología, etc.), la obra de Blanco está trufada de referencias analíticas al cine (*Blade Runner*, 2001, *Hormigaz*, *El show de Truman*), la pintura (Leonardo, Rothko, Kandinsky), la literatura (Calderón, Dassiell Hammet, Jorge Volpi) e, incluso, los programas de televisión (Gran Hermano). En ese sentido, apunta Blanco, “La historia reciente de la filosofía de la historia es en buena medida un reflejo, demorado casi siempre, de un movimiento que se está dando en otras órbitas y con un carácter más generalizado. Es muy posible que las ideas de los historiadores y de los filósofos de la historia puedan alimentar tendencias ya creadas, o apuntar algunas nuevas, pero estoy convencido de que el movimiento más decisivo se da siempre en aquellos dominios en los que las reglas de construcción del conocimiento pueden ser violadas más fácilmente y también más creativamente. Los científicos sociales, y con más razón los historiadores, nos limitamos normalmente a extender el certificado de defunción histórica de los fenómenos que estudiamos, o, a lo sumo, a devolverles la vida sólo aparente en nuestros talleres de taxidermia” (pág. 18).

Ese el marco metodológico en el que Blanco va desplegando su argumento general,

según el cual la racionalidad, la legalidad, el ejercicio y, en definitiva, el sentido de los saberes disciplinados se construye en el propio despliegue histórico de la actividad humana en el seno de la cultura occidental. Desde ese argumento, Blanco trata de descender hasta la especificidad y viabilidad cultural del conocimiento psicológico, teniendo muy presente su inveterada condición crítica de “disciplina monstruosa, epistemológicamente esquizofrénica, con un ojo puesto en la naturaleza y el otro en la cultura, y aún así, tal vez justo por eso, culturalmente viva” (pág. 25).

Blanco emplea tres capítulos para ilustrar ese recorrido. En el primero se revela la necesidad obsesiva de la ciencia occidental de cerrar y cancelar sentidos; una sensibilidad que pone de manifiesto sus miserias epistemológicas cuando, lejos de confiar en la autosuficiencia de sus argumentos de verdad o realidad, recurre a una “retórica antirretórica” con la que desprestigiar el canto de las sirenas sofistas. En realidad, este sólo es el síntoma discursivo que permite a Blanco explorar los estrechos compromisos programáticos mantenidos por la ciencia y la psicología oficial en el seno de la cultura occidental. Desde su punto de vista, ambas agendas se apoyarían mutuamente y girarían en torno a un mismo *ethos* normativo en el que aparentemente se conjugan la neutralidad epistemológica, el desinterés moral y la esperanza de progreso histórico-social.

En el segundo capítulo Blanco se adentra propiamente en las relaciones entre psicología e historia. Aquí explora las condiciones bajo las cuales los relatos históricos proyectan valores y condicionan formas específicas de pensar y actuar sobre la subjetividad individual y colectiva. La historia oficial selecciona hechos o acciones y los inscribe en relatos ante los que el lector debe posicionarse moralmente y, de forma inevitable, poner en juego su identidad. Tal marco permite a Blanco desenmascarar los engranajes socializadores y gremiales de las historias internas, legitimistas y explicativas de la psicología y plantear una alternativa genealógica y comprensiva centrada en el proceso de psicologización de la cultura -que se iría produciendo en consonancia con los sistemas de valores al uso-. Un recorrido por la filosofía de la historia de Vico, Kant, Dilthey, Nietzsche, Hempel, Collingwood, Ricoeur o White, entre otros, permite a Blanco ir delimitando el sujeto ideal de ese proceso -que él denomina *homo pugna* y *egoísticus*- y sus márgenes ideológicos. A ese sujeto corresponde una antropología psicológica engranada en la obsesión de poder y dominación y sostenida en imperativos transcendentales o naturales; una antropología de la eficacia respaldada con admirable complacencia por el ámbito psicológico. Frente a ella, Blanco explora la idea de una *autopoiesis* culturalmente mediada o motivada; esto es, coherente con el sujeto histórico que continuamente busca sentido y acotaciones para su propia acción.

Tal panorama advierte de algunos conflictos nucleares que ha de enfrentar la propia labor historiográfica, científica y psicológica; al menos en la medida en que esas disciplinas manejan teorías de la acción sobredeterministas o infradeterministas que deberían poder aplicarse, recursiva o reflexivamente, sobre sus propias estrategias explicativas, objetivadoras y naturalizadoras. Superar esa paradoja supone, según Blanco, recuperar la legitimidad de la narración como herramienta para delimitar la acción y conservar, incluso, sus dimensiones proposicionales. Es más, la competencia narrativa sería crucial para la construcción del sentido, las acciones identitarias y el recuerdo conminatorio que definen la conservación del patrimonio cultural y personal y la planificación del futuro en las sociedades humanas. Es al hilo de este espacio hermenéutico donde Blanco recupera su crítica a los objetivos de la historia de la psicología al uso y propone su sustitución por una genealogía de las categorías que explican, esto es, dan sentido al comportamiento humano.

Partiendo de ese preámbulo, el tercer y último capítulo entra ya de lleno en la propia naturaleza de la actividad psicológica. En él se recupera la tesis, adelantada en capítulos anteriores, de que no hay perspectiva teórica integradora para la psicología: la condición invertebrada de su heterogéneo territorio está en consonancia estructural con el estado de

crisis continua en el que se haya sumergido el sujeto moderno. Blanco ofrece una genealogía de urgencia de ese escenario acompañando a Foucault en su exploración de las antiguas recetas del “cuidado de sí” - prácticas y morales- y del “conocimiento de sí” -teóricas y contemplativas-. Se trata de técnicas de auto-revelación que exigen cierta renuncia a la autonomía del Yo, una instancia que precisamente vendría a ser recuperada o reinventada por las ciencias sociales y la psicología moderna. Particularmente, a estas disciplinas corresponde la naturalización y legalización del espacio de malestar y conflicto subjetivo; un escenario inherente a la propia afirmación liberal y moderna de la autonomía individual. Para Blanco no existe, por tanto, una historia del deslindamiento epistemológico de la psicología como espacio legítimo de conocimientos. Ésta deriva más bien de la segregación de un territorio especialmente delimitado para debatir el tipo de sujeto que necesitaba el mundo moderno. La cultura psicológica, en cualquier caso, no ignora sus limitaciones epistemológicas a la hora de abordar la demanda *del* sujeto *sobre* el sujeto. Su malestar se revelaría, de hecho, en una promesa científica desmesurada, “hipertrofiada” en acertado adjetivo del autor. Síntomas de ello son la conciencia continua de crisis y la retórica subsiguiente de salvación, la constante propuesta de categorías psicológicas naturalizadoras y la hipernormatividad; tres aspectos que Blanco analiza con gran perspicacia retórica en varios ejemplos de la literatura psicológica del último siglo.

En cualquier caso, lo más interesante o, al menos, lo más sorprendente de este último capítulo quizá sea la formulación en positivo de una antropología alternativa a la deconstruida insistentemente en los epígrafes previos. Blanco, sin embargo, nos la ofrece sólo de forma programática en las cinco últimas páginas del libro. Además, en su mayor parte retoma líneas argumentales intuitas o tenuemente deslizadas en capítulos anteriores; muy particularmente en lo que se refiere a la formulación de un sujeto de imputación -libre o responsable para decidir, sin certidumbres, sobre su propia naturaleza y el sentido de la vida- más que de adscripción -sobredeterminado o infradeterminado desde un punto de vista nomotético-, la defensa de la acción como unidad de análisis para la psicología -una opción que, en cualquier caso, no entraña ya el compromiso con la neutralidad y la objetividad defendida por la antropología de la contemplación- y la inscripción de esta última en un bucle recursivo al que no escapa ni la propia actividad interpretativa del analista. Como en un último aliento, sólo los dos últimos párrafos del libro están dedicados a presentar el giro que Blanco espera en la cultura psicológica; un horizonte de encuentro entre el diseño biológico y funcional del ser humano -abordado clásicamente por los estudiosos de la percepción- y la sensibilidad interpretativa y comprensiva de las aproximaciones histórico-culturales.

Sin duda, ese tímido esbozo, unido a la titánica labor enfrentada por Blanco en lo deconstructivo, deja al lector con la miel en los labios, huérfano de una propuesta antropológica que, si bien no resolviera la encrucijada del sujeto psico-histórico sí ofreciera vías novedosas para su exploración. Esa sensación, en cualquier caso, bien podría ser un síntoma de otra de las dimensiones del *ethos* científico que parece haber pasado desapercibida a la crítica de Blanco: la simetría epistemológica. Al menos al mismo título estético reivindicado por Blanco, el responsable de esta reseña cree que a un despliegue crítico tan perspicaz y agudo debiera haber correspondido la contraimagen una alternativa antropológica menos cicatera que la que nos ofrece el autor de *El cultivo de la mente*. El estimulante esquema que cierra el libro nos mantiene a la expectativa: quizá Blanco acepte el envite condensado en esta *promissorie note* y nos la ofrezca en su próxima obra. De momento, ha logrado de forma brillante el complejo objetivo de inquietar a historiadores, psicólogos, filósofos y científicos sociales en un mismo trabajo.

Jorge Castro Tejerina

Storia delle storie generali della filosofia a cura di Giovanni Santinello y Gregorio Piaia. 4/II, “L’età hegeliana. La storiografía filosófica nell’area neolatina, danubiana e russa”. Roma-Padova, Editrice Antenore, 2004, XVIII+540 págs. ISBN: 88-8455-568-X.
5, “Il secondo Ottocento”. Roma-Padova, Editrice Antenore, 2004, XVIII+673 págs. ISBN: 88-8455-578-7.

Con estos dos volúmenes se cierra la monumental obra sobre historiografía filosófica a los veinticinco años de su comienzo (la primera entrega apareció en Brescia en el año 1979), una obra compuesta de cinco volúmenes y siete tomos que ha de marcar un hito en los estudios sobre historia de la filosofía pues, en sus más de cuatro mil páginas (exactamente 4.106), se presenta el cuadro completo de la historia de la historiografía filosófica. Una obra que supera con mucho el excelente, pero breve, estudio de Lucien Braun titulado *Histoire de l’histoire de la philosophie* (París, 1973) y en donde se reconstruyen científicamente los criterios y las diversas modalidades bajo los cuales se compusieron las obras que abarcan el desarrollo histórico completo de la filosofía, desde el Renacimiento hasta el final del siglo XIX.

El primero de los volúmenes mencionados, que corresponde al tomo segundo de la época hegeliana sobre la historiografía filosófica en el área neolatina, danubiana y rusa, se inicia con dos capítulos sobre Francia escritos por Gregorio Piaia, con estudios sobre varios autores, pero muy especialmente sobre Joseph-Marie Dégérando y Victor Cousin. Interesante, además, el trabajo sobre Tiberghien y su historia krausista de la filosofía, es decir, el *Ensayo teórico e histórico sobre la generación de los conocimientos humanos*. Los dos siguientes capítulos, redactados por Luciano Malusa, se refieren a la filosofía italiana, y en ellos estudia la evolución de la historiografía filosófica desde la influencia tutelar del eclecticismo con la recepción de la obra de Cousin, como se aprecia en Stefano Cusani y Stanislao Gatti, y de la tradición sensista marcada por la escuela de los Ideólogos en Borrelli, hasta la traducción del Manual de historia de la filosofía de Tennemann realizada por Baldassarre Porri al que añade una serie de suplementos sobre el pensamiento italiano desde los pitagóricos hasta los contemporáneos (*Supplimenti al Manuale della storia della filosofia di Guglielmo Tennemann*). El *Grundriss der Geschichte der Philosophie* (Leipzig 1812) de Tennemann tuvo una gran influencia en Europa gracias a la traducción de Cousin (París 1829). Malusa concluye su estudio sobre los historiadores italianos con los nombres de Gioberti, Galluppi y Rosmini.

El trabajo de Antonio Jiménez García sobre la historiografía filosófica en España tiene la novedad de ser el primero que se realiza de este tipo y estar incluido en esta obra italiana que, creo no equivocarme, será de imprescindible referencia a partir de ahora en los estudios sobre historiografía filosófica. Y es de destacar también que, junto al resto de los distintos países europeos, se incluyan las aportaciones españolas en este campo sin ninguna restricción ni menoscabo. El período aquí tratado abarca el siglo que va desde mediados del siglo XVIII hasta la mitad del XIX. Partiendo del hecho de que la incorporación de España a la tradición historiográfica de la filosofía europea fue tardía y de escaso valor, el autor analiza en primer lugar el papel jugado por la erudición ilustrada en la configuración de historias generales y de historias literarias que recogen, como no podía ser menos en este siglo enciclopédico, las aportaciones filosóficas. Desde los hermanos Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano, franciscanos y académicos de la Historia, autores de una monumental *Historia Literaria de España desde su primera población hasta nuestros días* (Madrid 1776-1791, 10 vols.) que no pasa de Marco Anneo Lucano; continuando con Francisco Javier Lampillas, jesuita afinado en Italia tras la expulsión de la Orden, y su *Saggio storico-apologetico della Letteratura spagnuola contro le pregiudicate opinioni di alcuni moderni Scrittori Italiani* (Génova 1778-

1781, 6 vols.) atacando a Tiraboschi y Bettinelli; siguiendo con Juan Andrés, otro jesuita exiliado, que escribe *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (Parma 1782-1799, 7 vols), dedicando un tomo a la filosofía y su historia desde los orígenes hasta el siglo XVIII. Como fuentes principales utiliza a Brucker, Stanley y Cicerón; hasta el agustino Enrique Flórez (*España Sagrada*, 1747-1775, 29 vols.), el jesuita Juan Francisco Masdeu (*Storia critica di Spagna e della cultura spagnuola in ogni genere, preceduta da un discorso preliminare*, 1781-1788, 3 vols. en italiano; 1784-1805, 20 vols. en español), Miguel Casiri (*Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*, 1760-1770, 2 vols.) y Juan Sempere y Guarinos (*Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III*, 1785-1789, 6 vols.).

Frente a los autores anteriores, el jesuita Bartolomé Pou muestra un cambio cualitativo importante. Es el primer historiador español de la filosofía, conoce algo la historiografía del momento y escribe siguiendo las pautas de Brucker en su *Historia critica philosophiae*. En 1761 publica en Calatayud *Theses bilbilitanae institutionum historiae philosophicae libri XII*. Otros escritores mencionados por su aportación de datos históricos son Andrés Piquer (*Lógica*, 1771) y Vicente Fernández Valcarce (*Desengaños filosóficos*, 1787-1797, 4 vols). Pero no será hasta el siglo XIX cuando España se incorpore definitivamente a la tradición historiográfica europea. Antonio Jiménez estudia una a una todas las historias de la filosofía, analizando sus contenidos y exponiendo sus líneas metodológicas. Primero se detiene en las traducciones y adaptaciones de manuales franceses: *Manual clásico de filosofía* (1838), de Servant Beauvais, traducido por José López de Uribe; *Manual de la Historia de la Filosofía* (1842), de Amice, traducido por Ramón Martí de Eixalá; *Historia elemental de la filosofía* (1846), de Jean-Baptiste Bouvier, traducido por Antolín Monescillo, y *Curso de Filosofía* (1847), de Eugène-Nicolas Gérúzez, traducido por Miguel Suris y Baster.

Por lo que respecta a los manuales originales, en primer lugar hay que mencionar a Tomás Lapeña, canónigo de la catedral de Burgos, autor de *Ensayo sobre la historia de la filosofía* (1806-1807, 3 vols), que defiende una concepción bastante apologética de la filosofía en sentido escolástico pero con aportaciones del enciclopedismo francés. En cuanto a Sebastián Quintana, su *Historia de la filosofía universal* (1840, 2 vols.) merece escasa consideración ya que, en realidad, es una historia de la civilización y de la cultura más que de la filosofía. Mayor interés tiene el *Compendio de historia de la filosofía* (1847) de Víctor Arnau y Lambea, aunque gran parte del mismo es traducción del *Précis de l'histoire de la philosophie* (1834) de Salinis y Scorbiac al que añade capítulos procedentes de otras fuentes para acomodarlo al programa de la Facultad de Filosofía. En cambio, la *Historia de la Filosofía* (1847) de Jaime Balmes decepciona totalmente por su planteamiento y contenido, pues cabría esperar más de quien, junto a Julián Sanz del Río, es considerado como el filósofo más importante de la primera mitad del siglo XIX. Pero poco valor, por no decir casi nulo, tendría nuestra historiografía filosófica si no contásemos con el *Manual de historia de la filosofía* (1847) de Tomás García Luna. El autor, máximo representante del eclecticismo en España, por su rigor crítico y su planteamiento metodológico representa el punto más alto, en cuanto a calidad se refiere, de todas las obras hasta aquí mencionadas. Conocedor de la filosofía europea del momento, sigue los modelos historiográficos más actuales, citando profusamente a Tennemann, Degérando, Cousin, Damiron, Renouvier, Deslandes, Rosmini, Mamiani della Rovere, Tiedemann, Buhle, Lapeña y Brucker.

La extensión concedida a la historiografía filosófica en España, por razones obvias, hace que no me pueda extender en los restantes capítulos del volumen. Sólo mencionar que Franz Martin Wimmer se encarga de “Los orígenes de la historiografía filosófica austriaca (1750-1850)”, Larry Steindler expone “Los primeros pasos de la historiografía filosófica húngara (1740-1840)” y Marija Torgova desarrolla “La historiografía filosófica rusa en la primera mitad del Ochocientos”.

El quinto y último volumen de la obra, *Il secondo Ottocento*, ofrece una rápida ojeada por Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y Rusia, con la inclusión de dos autores traducidos: el español Ceferino González (al francés) y el danés Haral Høffding (al alemán). El prefacio redactado por Gregorio Piaia, resumen de la obra y del proyecto, además de reconocer el cambio operado en filosofía después de treinta años (las primeras reuniones para diseñar el proyecto se celebraron en la Universidad de Padua en 1975) y, por la tanto, también en lo relativo a la indagación sobre historiografía filosófica, pretende ser, sobre todo, un homenaje a la persona de Giovanni Santinello, su diseñador y primer director, fallecido durante el verano de 2003 tras una larga enfermedad -lo que explica el tiempo transcurrido entre la aparición del volumen 4/I y 4/II-, quien trabajó al máximo en la elaboración de todos los volúmenes pero no pudo ver culminada su obra. A sus esfuerzos se debe también que la obra se tradujese al inglés, de la que ya ha aparecido el primer volumen (*Models of the History of Philosophy: From Its Origins in the Renaissance to the "Historia Philosophica"*, Dordrecht-Boston-London, 1993) encontrándose el segundo en elaboración. El contenido de este último volumen se distribuye del siguiente modo: la primera parte estudia la historia general de la filosofía en Alemania después de Hegel con la Escuela de Tubinga, por Claudio Cesa; del hegelianismo al neokantismo, por Mario Longo, y Schopenhauer y su historia "sui generis" de la filosofía, por Fabio Grigenti. A continuación se pasa a analizar individualizadamente a los autores: Heinrich Christoph Wilhelm Sigwart, Friedrich Ueberweg y Harald Hoffding por Fabio Grigenti; Friedrich Karl Albert Schwegler y Rudolf Haym por Claudio Cesa; Eduard Zeller y Kuno Fischer por Mario Longo; Albert Stöckl por Giovanna Varini; Wilhelm Windelband por Larry Steindler; Wilhelm Dilthey por Francesca D'Alberto. En la segunda parte, el área británica ha sido analizada por Giuseppe Michele con varios apartados sobre Coleridge y su escuela, la historiografía entre el empirismo y la escuela escocesa, la dirección positivista de George Henry Lewes, Benjamin Jowett y la introducción de Hegel, la historiografía entre el idealismo espiritualista y el darwinismo. El capítulo dedicado a Francia ha sido realizado por Gregorio Piaia y la colaboración de Ubirajara Rancan de Azevedo Marques; entre los autores tratados se encuentran Boutroux, Delbos, la escuela de Cousin, Renouvier, los neoescolásticos, los positivistas y los materialistas. Luciano Malusa se ha encargado del capítulo sobre Italia desarrollando la escuela de Spaventa, el espiritualismo y el neotomismo, la obra de Augusto Conti, las aportaciones de Felice Tocco, Barzelloti, Chiappelli, Francesco Fiorentino y Carlo Cantoni. Por último, la historiografía filosófica rusa ha sido analizada por Marija Torgova con estudios sobre la historia de la filosofía en la universidad y en la academia teológica, para concluir con la figura de Sil'vestr Sil'vestrovich Gogockij.

A. González Urbano

SARRIÓN, Adelina: *Beatas y endemoniadas. Mujeres heterodoxas ante la Inquisición siglos XVI al XIX.* Madrid, Alianza Ensayo, 2003, 403 págs.

En los últimos años la historiografía ha introducido la sensibilidad por cuestiones que habían merecido poca atención tanto para las orientaciones más ideológicas como para las científicas. Aquellas tendían a quedarse en los ámbitos más doctrinales examinando los documentos adecuados pero con escasa atención a la vida cotidiana; éstas terminaron por derivar hacia una mirada demasiado estadística y cuantitativa si bien tuvieron la virtud de introducir en el análisis del pasado el dato no sólo cronológico sino el "material" en toda su extensión.

Asistimos, en los últimos años, a un proceso por el cual la historia no puede renunciar

a una comprensión global del pasado de tal manera que no puede renunciar a las cuestiones teóricas ni prescindir de aspectos que configuran la vida de cada día, teniendo en cuenta que los sujetos de la misma son las gentes que han vivido en cada tiempo. En este sentido, la incorporación de la vida privada y de la mujer como temas de estudio se ha convertido en un punto de vista privilegiado para lograr esa comprensión de globalidad de los procesos que se necesita para un correcto conocimiento de los mismos. Siempre que se haga bien, es decir, utilizando las herramientas de la ciencia histórica sin ningún otro propósito que el derivado de la propia ciencia. Sabemos que ha habido algunos excesos de este signo como los hubo del contrario, casi inevitables cuando una orientación se abre paso en la comunidad científica o en cualquiera otra.

El libro de Adelina Carrión, titulada en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid e investigadora del grupo que dirige el profesor Martínez Millán, reúne, en mi opinión, las virtudes que la orientación actual de la historiografía requiere para el estudio de un tema, tan extenso en el tiempo como intensamente sufrido en las biografías de tantas personas: la religiosidad en sus dimensiones canónica y biográfica, sobre todo si hablamos de las clases populares. Si la primera exige un gran conocimiento de tratados teológicos y filosóficos, encíclicas, actas conciliares y otra serie de textos pedagógicos como devocionarios, sermonarios, etc., la segunda exige un trabajo exhaustivo de archivo de los procesos inquisitoriales y conocimientos de aspectos relevantes para interpretarlos.

Ambas cualidades reúne este libro y por ello encontrará el lector, primero, un buen estudio del largo proceso de construcción de la conciencia religiosa moderna desde los últimos siglos de la Edad Media hasta los finales del siglo XVI. Y, segundo, su prolongación hasta que la Inquisición se extingue con el último proceso.

Es la primera parte especialmente interesante para los estudiosos de la historia de las ideas por cuanto se acierta a ver la otra cara de la crisis de la escolástica desarrollada ya en el siglo XIV y agudizada en los dos siglos siguientes a través de esos grupos emergentes que fueron las beguinas, las beatas hasta el movimiento de los alumbrados ya en el XVI que se prolongan hasta Miguel de Molinos a finales del XVII. Quedan como ecos de superficie el erasmismo, por lo menos lo que significó hasta 1530 y los místicos castellanos, sobre todo Teresa de Ávila y Juan de la Cruz como referentes “ortodoxos”. Asistiríamos así al largo proceso de construcción de la conciencia, iniciado en grupos de resistencia al cristianismo oficial de orientación aristotélico tomista, que primaba la objetividad de las normas sobre el valor de los sentimientos individuales en la relación con Dios y que derivaría, siglos después ya en el XVII, hacia la orientación agustiniana en el ámbito religioso y el Yo cartesiano en el filosófico hasta su secularización en el siglo XVIII. Según su autora, no es casual que fuera la mujer quien protagonizara en buena medida este proceso por cuanto en la tradición más ortodoxamente religiosa quedó marginada del proceso de institucionalización eclesiástica.

La segunda parte se iniciaría a partir de las consecuencias derivadas del concilio de Trento que ratificó acuerdos de los concilios medievales pero, sobre todo, introdujo filtros que pretendieron impedir cualquier atisbo de aproximación a las iglesias reformadas produciendo una concepción administrativa de la religión, en manos de la monarquía y la iglesia romana, que convertía en sospechosa cualquier actitud personal o privada que no se atuviera estrictamente a las normas emanadas del propio concilio. El caso de Miguel de Molinos, estudiado aquí con detalle, ha sido con seguridad el más llamativo a finales del XVII pero, como bien señala la autora, la Inquisición no desapareció del todo hasta entrado el XIX.

En este proceso, el ámbito doméstico, espacio físico de la autonomía espiritual de la conciencia, se convertía en sospechoso de manera inevitable ya que lo público tenía resortes suficientes para ser controlado. Esa sospecha alcanzaba a la mujer y la ponía en el centro de la atención de inquisidores y delatores, tal como se analiza con detalle y rigor en este libro. La Inquisición vigiló especialmente el comportamiento de las mujeres que tenían

comportamientos o manifestaban una autonomía de pensamiento que pusiera en riesgo el papel mediador de la iglesia en la necesaria relación que todos los hombres debían tener con la divinidad. Si se añade a estas sospechas la asociación de la mujer con el cuerpo y éste con la sexualidad y, a su vez, ésta con el pecado nos hallamos ante un proceso complejo que la conducía inevitablemente a la condena en la mayor parte de las ocasiones. Cómo actuaba, cómo eran los procesos, las argumentaciones, las confesiones o delaciones de las propias acusadas en los procedimientos abiertos por la Inquisición se estudia con mucho detalle en este libro como fruto de una exhaustiva investigación en los archivos de las diócesis de Cuenca a través de más de sesenta casos en que se trataba de probar la heterodoxia de la religiosidad de las procesadas.

Tenemos así el carácter dual de la religiosidad que, si bien, se impone como ortodoxa, al interferir de lleno en el ámbito de la conciencia que no era reconocido como privado y en el de la política que tampoco lo era autónomo, llevaba inevitablemente a convertir en heterodoxos los comportamientos que, premeditadamente o no (en la mayoría de los casos ésta era la situación) podían alterar la posición del poder de la monarquía y de la iglesia. Sin la debida atención a esa dualidad no es posible conocer bien la naturaleza del proceso y de sus múltiples efectos.

Aquí reside lo más interesante de este libro: que la autora ofrece, por igual información sobre ambas caras de lo sucedido durante siglos hasta la emancipación de la conciencia y la autonomía del derecho y la política. Eso ha exigido debate doctrinal y heroicidades personales. Es, ni más ni menos, que nuestra historia. Para estudiar lo primero se exige una buena formación filosófica; para lo segundo, se necesita realizar un riguroso trabajo de archivo y de transcripción. No es fácil tener la formación intelectual y la constancia para lograr ambas metas. Pero disponer de ellas trae la satisfacción de encontrarse con lectores que, al reconocerlas, se reencuentran con el pasado que les explica. Ello se consigue a través de la información abundante, de los detalles esclarecedores de los enjuiciamientos acerca de los argumentarios de inquisidores y sospechosas que sólo se consigue con el trabajo sobre las fuentes; pero, hay, además, una contextualización precisa que sólo puede provenir de una formación teórica adecuada. Entre ambos planos se produce la relación de reciprocidad que constituye la unidad que da consistencia a este denso estudio.

José Luis Mora García

Conceptos. Revista de Investigación Graciana. Universidade da Coruña, Departamento de Filología Española e Latina, núm. 1 (2004). Anual. ISSN: 1697-2775.

Fruto de la colaboración entre estudiosos de la obra literaria y del pensamiento de Baltasar Gracián, ligada al *Seminario Internacional “Gracián y sus conceptos”* y al resto de sus trabajos y proyectos, aparece esta revista dirigida por Emilio Blanco y Elena Cantarino.

Como señala el “Liminar” del primer número, “hacer concepto” principia el aforismo 35 del *Oráculo manual y arte de prudencia*; y lo concluye Gracián aquilatando y ampliando el campo para el sabio, que debe hacerlo “de todo”. La propuesta metodológica no podía ser otra para quien hizo de él uno de los actos supremos del entendimiento, si no el mayor.

Postulaba Ortega y Gasset, en la Residencia de Estudiantes de los primeros años treinta, la misma necesidad sentida por el jesuita en pleno Barroco. Hablando precisamente de la circunstancia, insistía el filósofo en caracterizar los conceptos como los instrumentos con que andamos entre las cosas.

No con otra vocación que la instrumental nace *Conceptos. Revista de Investigación Graciana*: la de ofrecer un medio, a investigadores y lectores interesados en la figura y la obra

del belmontino, para moverse con sentido entre sus hojas. La de establecer un lugar de reflexión en torno a la palabra y el pensamiento del jesuita a través del análisis de los distintos conceptos presentes en su dilatada y fecunda obra para comprenderla mejor.

Sin descartar algún número ocasional consagrado a algún autor cercano, o a algún tema estrechamente relacionado con la obra del jesuita, la revista nace, pues, con carácter monográfico: se abordan en esta primera salida los conceptos de *primero* (Benito Pelegrín), *ingenio* (Jorge M. Ayala), *heroísmo* (Karine Durin), *alegoría* (Ana-Jimena Deza), *virtud* (Felice Gambin), *artificio* (Javier García Gibert), *juicio* (Miguel Grande Yáñez) y *desengaño* (Luis Jiménez Moreno). Vendrán más conceptos gracianos que nos harán más sabios. Entre tanto, valgan los agavillados en esta ocasión como sainete.

Es posible la suscripción a la revista a través del Servicio de Publicaciones de la Universidade da Coruña (Edificio de Sociología, Campus de Elvira, s/n. 15071 A Coruña, publica@six.udc.es) y obtener más información a través de la Web en la dirección <http://www.baltasargracian.net> y también dirigiéndose al siguiente correo electrónico revista@baltasargracian.net.

Elena Cantarino

GRACIÁN, Baltasar: *Agudeza y arte de ingenio*. Zaragoza, Larumbre, Clásicos Aragoneses, Prensas Universitarias, 2004, 2 vols. de CXIII+357 y 995 págs., respectivamente. Ed. de Ceferino Peralta, Jorge M. Ayala, José M^a Andreu. ISBN: 84-7733-730-6 y 84-7733-731-4, respectivamente.

Las Prensas Universitarias de Zaragoza nos acaban de sorprender con la publicación de la edición, casi crítica, de la *Agudeza y arte de ingenio*, de Baltasar Gracián. Los estudiosos del pensador aragonés saben lo que esto significa para futuras investigaciones. Se suele decir que la *Agudeza* es la obra más difícil de Gracián, y también la que más críticas negativas ha cosechado. Actualmente sucede lo contrario: la *Agudeza* está siendo un texto muy atractivo para el estudio de los estilos en la época del Barroco.

La edición castellana más conocida de la *Agudeza* era la de Evaristo Correa Calderón (Colección Castalia), así como la de Arturo del Hoyo (Ed. Gredos). Recientemente publicó Luis Sánchez Laílla unas *Obras Completas* de Gracián en las que el texto de la *Agudeza* sale muy mejorado. Por su parte, Emilio Blanco publicó en Cátedra la primera edición (1642), titulada: *Arte de ingenio, tratado de la agudeza*, y las *Obras Completas* de Gracián en la Ed. Turner (1993). Esta Colección se caracteriza por la ausencia de aparato crítico.

La edición que tenemos el gusto de presentar, contiene importantes novedades. Es una obra realizada en colaboración. La inició el benemérito gracianista, padre Ceferino Peralta. Tras varios años de paciente búsqueda, quedó interrumpida por el fallecimiento del autor. Su colaborador, padre Miguel Batllori, ofreció a Jorge Ayala y José M^a Andreu la continuación de la misma. La complejidad de la obra ha ido retardando su publicación.

Destacamos, como aportación importante, la fijación del texto, de acuerdo con la edición revisada por el propio Gracián. Las ediciones de Correa y Del Hoyo contenían algunos errores de transcripción. Igualmente, la distribución de puntos y de comas daba lugar a equívocos en algunos casos. En cuanto al aparato crítico, los autores han dividido las notas en varios grupos, para evitar entorpecer la lectura del texto. A pie de página están únicamente las notas *aclaratorias* de los términos y nombres propios. Estas notas van numeradas. En cambio, las notas *complementarias* -aquellas que amplían información de tipo bibliográfico, histórico, etc.-, aparecen al final del texto (Vol. II, págs. 678-869). El número que les antecede remite a la página correspondiente del texto, en la cual se halla el asterisco que da lugar a esa nota

complementaria.

Los autores han introducido también un apartado crítico (Vol. II, págs. 661-678) en el que se recogen las variantes existentes entre la primera edición (1642) y la segunda (1648). La Bibliografía está dividida en dos partes: Ediciones citadas de Gracián y Estudios. Por último, la obra incluye tres tipos de índices: el de Notas, el de Primeros versos y Títulos, y el Onomástico.

La aportación fundamental de los autores está en las notas. Como es sabido, Gracián apenas cita, y, sin embargo, en sus obras resuena toda la cultura clásica antigua y moderna. Su erudición es pasmosa. Sacar a la luz todo ese trasfondo cultural, resulta una labor ímproba. Es posible que hayan quedado algunos puntos sin aclarar, o sin documentar, pero los estudiosos y lectores de Gracián pueden estar seguros de que disponen ahora de una obra bien documentada, y que aclara mucho el modo de escribir que tenía Gracián.

El Vol. I incluye una Introducción de Jorge Ayala (XIII-CXIII), aclarando el contenido de la obra en sí, y las aportaciones que, a juicio de los autores, enriquecen esta edición. Por ejemplo, los autores han traducido al castellano los numerosos textos latinos, italianos y portugueses que contiene la obra.

El mundo del gracianismo puede estar de enhorabuena con la publicación de esta edición de la *Agudeza y arte de ingenio*. Es una obra de investigación para investigadores sobre la obra de Gracián. Si siempre fue difícil la lectura y la interpretación de esta obra, esperemos que, con la presente edición, se les allane el camino a los numerosos estudiosos del pensador aragonés. Los autores de la obra son tres reconocidos gracianistas, lo cual es garantía del trabajo realizado. Nos alegramos por la aparición de esta edición, y felicitamos cordialmente a sus autores.

Antonio Jiménez García

BERMEJO CASTRILLO, Manuel Ángel (Ed.): *Manuales y textos de enseñanza en la Universidad liberal. VII Congreso internacional sobre la historia de las universidades hispánicas*. Madrid, Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad. Universidad Carlos III de Madrid/Editorial Dykinson, 2004, 752 págs. ISBN: 84-9772-319-8.

Se recogen en este volumen las Actas de VII Congreso de historia de las universidades hispánicas celebrado en la Universidad Carlos III, Campus de Colmenarejo, en 2000. Hagamos un poco de historia sobre estos congresos. El I se celebró en Valencia en 1987 bajo el tema *Claustros y estudiantes* (las actas fueron publicadas por la Universidad de Valencia en 1989, 2 vols.). El II, también celebrado en Valencia en 1995, se dedicó a *Doctores y escolares* (Universitat de València, 1988, 2 vols.). En 1996 se celebró el III en la Universidad Nacional Autónoma de México, siendo el tema a debate *Universidad y sociedad en Hispanoamérica. Grupos de poder, siglos XVIII y XIX* (publicado en México en 2001). El IV Congreso se celebró también en la UNAM en 1997 con el tema *Colegios y universidades. Del antiguo régimen al liberalismo* (México, UNAM, 2001, 2 vols.). El V tuvo lugar en Salamanca en 1998 dedicándose al tema *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal* (Universidad de Salamanca, Junta de Castilla y León, 2000). El VI retornó a Valencia en 1999 para estudiar *Aulas y saberes* (Universitat de València, 2003, 2 vols.). El último celebrado hasta la fecha, que hace el nº VIII, tuvo lugar en México en 2001.

La presentación del volumen a cargo de editor Bermejo Castrillo, bajo el título “Manuales y textos de enseñanza. Renovados instrumentos pedagógicos para nuevas concepciones educativas”, justifica el cambio de perspectiva respecto de los congresos anteriores que proponían un acercamiento a las universidades hispánicas a partir de la

combinación de los enfoques institucional, económico y sociológico. En éste se propuso el examen de los contenidos y métodos docentes, así como de los instrumentos materiales, manuales y otros textos de enseñanza en la época liberal del siglo XIX “elegido en virtud del espectacular vuelco acaecido durante este período en las concepciones y en las formas de organización y funcionamiento del anquilosado entramado universitario hispano” (pág. 15). Para la realización del plan se establecieron las cinco grandes áreas en que se puede descomponer la enseñanza superior en España: la Economía, el Derecho, la Filosofía, la Medicina, las Ciencias y la Historia, si bien las dos últimas no pudieron ser tratadas.

Pedro Fraile Balbín, de la Universidad Carlos III, aborda en “Una ciencia peligrosa: la enseñanza de la economía en la Universidad española” los avatares sufridos por la enseñanza de esta disciplina desde su aparición, a mediados del siglo XVIII, hasta su consolidación plena en la década de los 40 del siglo XX: de Smith a Keynes pasando por Marshall. Estudia la creación de las primeras cátedras y la inclusión de su estudio en las facultades de derecho, para concluir con su independencia del área jurídica al fundarse en 1943 la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Alfredo Gallego Anabitarte, de la Universidad Autónoma de Madrid, con su denso y complejo estudio “La enseñanza del derecho público en España. Un ensayo crítico”, partiendo del conglomerado que forman los derechos político, constitucional, administrativo y fiscal, estudia el análisis, asimilación y formalización de instituciones y principios jurídicos que se destilan de la Constitución y del ordenamiento jurídico administrativo para formar una “Teoría jurídica de Estado”; ahora bien, tal teoría ni ha existido nunca ni existe en España, y, por lo tanto tampoco su enseñanza, por culpa de la aguda crisis política y social que padece nuestro país durante el siglo XIX y primera mitad del XX. Por su parte Ángel López López y Celia Gómez Selvago, de la Universidad de Sevilla, completan el panorama jurídico decimonónico con la ponencia “La enseñanza del derecho privado en la Universidad liberal”.

La contribución de Antonio Jiménez García, de la Universidad Complutense de Madrid, giró en torno a “La enseñanza de la filosofía en la Universidad decimonónica (Asignaturas y textos oficiales)”. Se hizo notar, precisamente, cómo la incorporación de las disciplinas filosóficas a los estudios universitarios fue tarea primordial del liberalismo a partir de estos cuatro momentos: creación de una Facultad mayor de Filosofía (1843), nombramiento de Sanz del Río como catedrático interino de Historia de la Filosofía (1843), publicación del “Plan Pidal” que establece los tres principios básicos de la reforma universitaria: uniformidad, centralización y secularización (1845), y la Ley general de Instrucción Pública, conocida vulgarmente como “Ley Moyano” (1857), que sanciona y consolida todas las conquistas anteriores. Luego estudia las diferentes materias filosóficas según los planes de estudio y las sucesivas reformas que se van produciendo en la parte central del curso. Y se concluye con un breve análisis de los 18 libros de texto manuales empleados en la enseñanza de la filosofía durante el período comprendido entre 1807 y 1868.

Con “Manuales y textos de enseñanza médica en la Universidad liberal: La España del siglo XIX” José M. López Piñero, de la Universidad de Valencia, pone de manifiesto el atraso sufrido por nuestro país en lo relativo a las ciencias experimentales y la tardía e irregular asimilación de los adelantos extranjeros que logran consolidarse de forma definitiva en el último tercio del siglo.

A estas ponencias siguieron una serie de comunicaciones que completaban la temática anteriormente mencionada, o incidían en aquellos campos que no fueron tratados, además de la inclusión de algunos ejemplos docentes en el extranjero. Para no extendernos demasiado solo mencionaremos título y autor. “¿Política o Academia? La disputa en torno al texto de lógica en la escuela nacional preparatoria”, por M^a de Lourdes Alvarado (UNAM); “La enseñanza del derecho natural y de gentes: el libro de Heineccio”, por Antonio Álvarez de Morales (Univ. Autónoma de Madrid); “Manuales y libros de texto utilizados en las escuelas

industriales españolas durante la época isabelina”, por José Manuel Cano Pavón (Univ. de Málaga); “Las bibliotecas universitarias en España durante la revolución liberal”, por Genaro Luis García López (Univ. Carlos III); “Il magistero di Corrado Segre a Torino. I quaderni manoscritti delle lezioni universitarie (1888-1924)”, por Livia Giacardi (Università di Torino); “Los manuales de literatura en la facultad de Filosofía (1846-1867)”, por Jean-Louis Guereña (Univ. François Rabelais, Tours); “Los asertos de conclusiones públicas de Filosofía en el Colegio del Rosario durante la época de la Universidad Central (1826-1842)”, por M^a Clara Guillén de Iriarte (Univ. del Rosario, Colombia); “Vattel *larva detracta*. Reflexiones sobre la recepción del *Ius Publicum Europaeum* en la Universidad preliberal española”, por Pablo Gutiérrez Vega (Univ. de Sevilla); “La enseñanza del derecho en la Argentina por dos pequeños grandes libros: el Álvarez y el prontuario de Castro”, por Alberto David Leiva (CONICET); “Los libros útiles o la utilidad de los libros. Manuales de derecho entre 1841 y 1845”, por Manuel Martínez Neira (Univ. Carlos III); “L’insegnamento della storia nell’università italiana dopo l’unità”, por Mauro Moretti (Università per stranieri di Siena) e Ilaria Porciani; “Manuales de historia de filosofía en España (s. XIX)”, por Laureano Robles (Univ. de Salamanca); “L’insegnamento della matematica all’università di Torino (1848-1948). Aspecti storici, istituzionali e scientifici”, por Clara Silvia Roero (Università di Torino); “La enseñanza del derecho natural en el último tercio del siglo XIX”, por Salvador Rus Rufino (Univ. de León); “Un español republicano en Argentina: Juan Biale Massé. Sus textos de anatomía y manual de medicina legal”, por María Cristina Vera de Flachs (Univ. de Córdoba, Argentina); “La docenza del giansenista Pietro Tamburini a Pavia nel periodo francese. Un esperimento di sintesi tra etica teologica e diritti dell’uomo all’ombra dell’albero della libertà”, por Emanuela Verzella Pettiti (Università di Torino) y “El sentido humanista de la Universidad. Comentario a un texto de 1930: *Misión de la Universidad*, de José Ortega y Gasset”, por Javier Zamora Bonilla (Univ. Complutense de Madrid).

A. González Urbano

SÁNCHEZ CUERVO, Antolín C.: *El pensamiento krausista de G. Tiberghien*. Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, col. del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería, n° 20, 2004, 525 págs. ISBN: 84-8468-106-8.

Con el vigésimo volumen de la Colección del Instituto sobre Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería de la Universidad Pontificia de Comillas, se nos ofrece la primera monografía hasta la fecha sobre el filósofo belga Guillaume Tiberghien (1819-1901), figura central del krausismo en Bélgica y en toda el área francófona, que ocupó un lugar determinante en la configuración de la Universidad Libre de Bruselas, y cuyos escritos tuvieron también una presencia e incidencia notable por distintos caminos entre los krausistas españoles y latinoamericanos, tal como nos recuerda Enrique Menéndez Ureña en el prólogo a este libro. Al respecto citará Sánchez Cuervo los casos de Argentina, Uruguay, y destacará la influencia de la obra del pensador belga en México, asunto que ha abordado en diversas publicaciones.

Por sus características, nos hallamos ante un estudio único en su género e indispensable para una introducción rigurosa en la figura y obra completa de este pensador. Sánchez Cuervo conoce bien el contexto del krausismo y de la filosofía europea del siglo XIX desde donde emerge la obra de Tiberghien, y sabe desmenuzar y presentar con maestría los hitos fundamentales de su pensamiento y de su importante actividad universitaria, educativa y política.

El autor, cuya tarea investigadora alberga años estudio en Bruselas, ha tenido a la vista

para su trabajo toda la obra de Tiberghien: de un lado, las numerosas obras, que viendo la luz en vida del filósofo recorren el largo periodo entre 1841 y 1901, pero también ha revisado y tenido en cuenta los manuscritos del filósofo, que se hallan en la Real Academia de Bélgica; entre otros, será de indudable interés el análisis que realiza de su metafísica inédita, fechada en 1898 y que se encuentra en seis volúmenes en dicho fondo. También constituye una fuente fundamental de estudio los no pocos artículos, discursos y otros escritos menores, que constituyen una herramienta iluminadora dentro de la investigación para reconstruir de primera mano algunos sucesos y polémicas importantes en la trayectoria vital y académica del insigne pensador belga. Todas estas fuentes, junto a una completa literatura secundaria, quedan recogidas en la bibliografía, en la que también encontramos reunidas las no pocas traducciones realizadas por los krausistas españoles, entre ellos Hermenegildo Giner de los Ríos. A éstas se añaden las realizadas en Italia y Alemania.

El libro posee una estructura clara y se divide en cuatro capítulos, completados por una introducción y la bibliografía. En el primer capítulo se presenta la visión de Tiberghien de la Historia de la Filosofía, entendida como introducción al mismo filosofar. El segundo y el tercero abordan la filosofía fundamental o metafísica y la filosofía social respectivamente, y el cuarto y último las polémicas de Tiberghien con el positivismo. A su vez, puede decirse que esta ordenación temática coincide con una apertura progresiva de los textos más teóricos e intrínsecamente filosóficos a los escritos más insertados en el contexto social, educativo, religioso y universitario de la época, consiguiendo así una interesante encarnación del ideario krausista de Tiberghien en una época crucial y convulsa de la Bélgica y en general de la Europa de la segunda mitad del siglo XIX.

Aborda el primer capítulo la reconstrucción krausista de la Historia de la Filosofía que realiza Tiberghien, que como nos indica Sánchez Cuervo había sido marcado por las enseñanzas de H. Ahrens, discípulo directo de Krause y exiliado en Bruselas, donde sería profesor en la Universidad Libre, y contando con la colaboración de otros ilustres krausistas como Schliephake o Altmeyer. La filosofía de la segunda mitad del XIX se halla en un momento importante de su conciencia histórica y su desarrollo comienza a ser entendido como evolución concatenada y desarrollo de la misma filosofía en sus ideas motrices, tal como la perfila Hegel, el Idealismo alemán y el mismo Krause. Exponiendo con concisión estos planteamientos, Sánchez Cuervo encuentra en esa reconstrucción histórica un iluminador punto de arranque de la obra de Tiberghien y el sentido histórico desde el que se autocomprende, que ubicaría en la filosofía de Krause la depuración y culminación de la filosofía en todas sus oposiciones, por lo que la denominará Tiberghien *racionalismo armónico*, o *armonismo*, acepción que tuvo gran eco en el krausismo español. Sánchez Cuervo recorre con detalle las tipologías y criterios y nos presenta la reconstrucción completa de la Historia de la filosofía, que, a ojos de Tiberghien, va desgranando distintas oposiciones como naturaleza-espíritu, monismo-dualismo o panteísmo-deísmo. La filosofía de Krause viene de modo histórico a llevar a síntesis y armonía estas oposiciones, después de los desarrollos de la filosofía moderna y del idealismo de Schelling y Hegel. De la lectura del filósofo belga de la historia del pensamiento, destaca Sánchez Cuervo aspectos como la visión que el krausista tiene de Descartes, quien habría esbozado importantes cuestiones relevantes para el método krausista analítico-sintético, aunque luego esas primeras intuiciones tuvieran todavía muchas etapas que recorrer hasta el criticismo y el Idealismo alemán.

La inmersión en esta lectura del Historia de la filosofía no evita en ningún momento al autor la crítica ideológica de los criterios que subyacen a esta reconstrucción, como legitimación de la introducción histórica de la filosofía krausista erigida al último y necesario estado de la evolución del pensamiento. Inaugurando la época de la armonía de la ciencia, el krausismo también será ensalzado por Tiberghien por su apertura e inserción en la praxis. Respecto a este talante armonizador es iluminador la comparación y diferenciación que

realiza el autor entre el krausismo y el eclecticismo de V. Cousin, y cómo se ubica Tiberghien respecto a esta corriente.

A la vista de esta reconstrucción se entiende que la filosofía fundamental de Tiberghien, estudiada en el capítulo segundo, acoja con decisión el panenteísmo de Krause, así como su método y conceptos fundamentales. Al respecto ya hace Sánchez Cuervo en la introducción una interesante defensa de la figura del divulgador en la Historia del pensamiento, que asumiendo la recepción viva de unas ideas procede a su encaje histórico y enriquece la relación entre las ideas y la vida. En el caso de Tiberghien estos factores se darán de modo más que sustantivo. La aparente sencilla y unitaria presentación de la filosofía fundamental de Tiberghien es fruto en realidad de un minucioso trabajo de comparación y trabajo de distintos escritos y lecciones del filósofo, incluidos los manuscritos, al exponer la metafísica o parte sintética. Pero especialmente es de apreciar el trabajo de comparación y síntesis en la reconstrucción de la parte analítica, esto es, de la exposición del inicio del filosofar desde la autoconciencia y la intuición del yo, en el que las matizaciones psicológicas sobre la subjetividad y sus niveles alcanzan una singular riqueza. Al respecto indica el autor que la Psicología de Tiberghien merecería un estudio monográfico en el que se cotejasen también sus fuentes principales en la obra de Krause y Ahrens. Igualmente rica y acertada es la discusión llevada a cabo por Tiberghien en torno a la indagación del primer principio, aspecto en el que culmina la parte analítica y se afianza la filosofía krausista en la certeza de la intuición de Dios, entendido como principio absoluto y abarcante de lo real (panenteísmo), las categorías fundamentales y el sistema de las ciencias. Para ese camino, y desde la misma perspectiva histórica ya apuntada, se revisan los argumentos clásicos en torno al problema de Dios (cosmológico, moral, ontológico). De nuevo aquí la claridad expositiva facilita al lector una serie de complejas síntesis y de relación de temas fundamentales de toda la filosofía.

La aportación de Tiberghien a la filosofía práctica, la tasa Sánchez Cuervo, no tanto en el volumen de sus escritos, sino en la incidencia considerable que tuvieron en el seno de las polémicas escolares y universitarias entre liberales y católicos belgas en la segunda mitad del XIX. En este sentido Tiberghien fue un apoyo ideológico clave de la Liga de Enseñanza y las logias masónicas, que defendían un laicismo anticlerical y un nuevo liberalismo (*jeune liberalisme*). Ahora bien, a pesar de este contexto de lucha ideológica, en todo momento se alzan la reflexión de Tiberghien y sus propuestas como una plasmación viva de los ideales krausistas que aspiran a una emancipación de la sociedad basada sobre todo en la educación, el derecho y la libertad, y en este sentido el espíritu de las posturas de Tiberghien respecto a la educación aspiró tanto a una independencia de la Iglesia como del Estado. La lúcida reflexión realizada por el autor de todas estas cuestiones se ve enriquecida con la inclusión de dos interesantes apéndices que contienen sendos proyectos de ley para la enseñanza primaria de 1860 y 1870 redactados por el propio Tiberghien.

El krausismo belga se alzaría así como la ideología del progreso y su agente principal será Guillaume Tiberghien, desde su largo rectorado en la Universidad Libre de Bruselas, verdadero centro neurálgico del laicismo y del liberalismo progresista en la Bélgica del XIX. Con todo, como con maestría se nos expone en el último capítulo, también esta postura de progreso representada por el krausismo hallará sus límites, y precisamente en el seno de la misma vida universitaria y científica, al enfrentarse Tiberghien, en franco desencuentro, con las nuevas corrientes materialistas, positivistas y evolucionistas en las que se alinearon las nuevas generaciones de estudiantes y jóvenes profesores en la universidad bruselense en las últimas décadas del XIX. Este cuarto y último capítulo es digno de mención, pues muestra paso a paso los distintos desencuentros académicos (por ejemplo el *affaire Dwelshauvers*) y teóricos del insigne krausista con estas tendencias, explorando tanto los argumentos empleados por Tiberghien (especialmente contra Comte y Spencer) como ahondando en los límites y anquilosamientos que sus mismos planteamientos iban a experimentar. En este

sentido es interesante, como el mismo autor indica, comparar las distintas relaciones del krausismo con las nuevas corrientes positivistas en Bélgica y en España.

Sánchez Cuervo nos descubre en definitiva toda una intensa trayectoria intelectual y vital en Tiberghien, trayectoria que tuvo incluso su final y retirada, pero que no le resta por eso valor y esplendor, acaso el de ser una de las figuras más influyentes y activas dentro de la rica encrucijada del krausismo entendido como fenómeno europeo y universal.

Con esta monografía se sientan definitivamente las bases para todo estudio ulterior en torno a la obra de este pensador, así como sobre las diversas cuestiones concretas en las que incidió su amplia actividad intelectual.

Ricardo Pinilla

GONZÁLEZ DE LINARES, Augusto: *La vida de los astros*. Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 227 págs. ISBN: 84-8102-386-8. Ed. y estudio preliminar de Carlos Nieto Blanco

Los krausistas suelen ser mencionados mucho más en el terreno de la pedagogía y el derecho que en el de la ciencia. Aquí tenemos una aportación que marca el tono del organicismo en el ámbito de la ciencia. Este tono está muy bien resaltado en el estudio preliminar de Carlos Nieto (págs. 11-99), que traza para el lector una presentación de la figura de González de Linares (1845-1904), mostrando su trayectoria intelectual dentro de la segunda mitad del siglo XIX. Como tantos intelectuales de su generación, vivió las convulsiones provocadas por los continuos pronunciamientos militares, la revolución de 1868, la primera y efímera república y la restauración borbónica, con sus partidos turnantes, su caciquismo y los forcejeos y tensiones de una sociedad que pugnaba por tener un estado moderno. El gobierno era parlamentario, pero el parlamento era la forma de encubrir un tinglado movido por las minorías carentes de apoyo popular. La expulsión de profesores universitarios como Julián Sanz del Río, Fernando de Castro, Salmerón, Giner de los Ríos (la llamada “cuestión universitaria”) constituye también un episodio vivido por el joven González de Linares, que en 1872 había obtenido en Santiago la cátedra de “Ampliación de Historia Natural” y había comenzado a colaborar muy estrechamente con Giner de los Ríos. Precisamente fue en 1872 cuando el joven profesor pronunció en la ciudad compostelana una conferencia sobre las nuevas ideas evolucionistas que causó un revuelo inaudito. Recordemos que el evolucionismo se convirtió en el sexenio revolucionario y, en general, en el último tercio del siglo XIX, en un debate que adquirió especial relevancia social y política (más que científica) porque fue considerado por la ortodoxia tradicional católica como un ataque a sus bases religiosas.

Nieto escribe que “Augusto González de Linares se va a convertir por esos años dentro del krausismo en el naturalista que trata de establecer el programa teórico de la nueva ciencia biológica que se avecina, a medida que el modelo de carácter fisiológico va siendo sustituido por un paradigma de corte ecológico, basada en la relación adaptativa del organismo al medio.” (pág. 21)

Nieto subraya algo que es básico en la forma de ver de González de Linares: el organicismo. Igual que Goethe (del que González de Linares era un admirador), no ve la naturaleza bajo la forma de máquina, sino de organismo. El krausista cántabro considera los seres, el universo entero, como un organismo. Por ello puede decirse que su mirada es más la del artista, la del pintor, que la del físico. Con estas premisas hay que leer *La vida de los astros*, que es el texto de González de Linares contenido en este libro. Se trata originariamente de una conferencia de 1878, convertida después en texto editado. El estilo de

esta publicación es un modelo de la prosa krausista, con su carga de idealismo filosófico, de evidentes resonancias schellinguianas y krausistas, pero tratando de temas científicos y en diálogo con los naturalistas de la época.

Sin duda la palabra clave es la *vida*. Y así, *La vida de los astros* tiene la osadía de atribuir vida a las estrellas, a los planetas, a toda la naturaleza, no sólo a los vegetales y al mundo animal y humano. González de Linares parafrasea, a veces con pasajes de bellísima factura, una historia de la ciencia en la que las funciones de nutrición, reproducción y movimiento son propias de los astros y de todos los seres de la naturaleza. El naturalismo que él defiende suena a pitagórico y hasta puede que místico, pero no deja de estar basado en un monismo que es también frecuente en el naturalismo del siglo XIX, aunque el del cántabro no se mueve en la línea del materialismo de Haeckel, sino en la de un monismo que parte de la vida para derivar, desde ésta, más vida.

Ha sido una excelente iniciativa de Carlos Nieto recuperar este interesante texto de uno de los más eximios representantes del krausopositivismo en su vertiente naturalista. Muchos lectores agradecerán ahora el poder disponer de un escrito nada fácil de encontrar (caso, por lo demás, que afecta a gran cantidad de nuestros autores no considerados por la literatura), representativo del naturalismo de la época y, afortunadamente, bien presentado y contextualizado.

Pedro Ribas

PÉREZ GALDÓS, B.: *El crimen de la calle de Fuencarral. El crimen del cura Galeote*. Madrid, Lengua de Trapo, 2002, 93 págs. Ed. y prólogo de Rafael Reig.

Nada aparente más alejado de la filosofía que acontecimientos cotidianos como los narrados en estos artículos que Pérez Galdós publicó en el periódico *La Prensa* de Buenos Aires en 1886 y 1888. Han sido Ghirardo y Shoemaker quienes los recuperaron inicialmente para los lectores del escritor canario. Desafortunadamente no contamos aún con una buena edición de todos los artículos que estuvo enviando durante más de once años desde 1883 hasta 1894 de manera continuada pero con otras colaboraciones esporádicas bastante posteriores, incluida la escrita con motivo del tercer centenario de la publicación de *El Quijote*.

Ediciones Lengua de Trapo ha preparado esta cuidadosa edición con los textos galdosianos de estos crímenes ocurridos en Madrid sobre los que construyó una crónica que abarca el estudio psicológico, el social y el antropológico. Dos sucesos traumáticos en los cuales se ponía a prueba el modelo de organización social de la España de finales del XIX y se podía observar la profundidad de la crisis más allá de las crónicas políticas o los estudios de carácter más o menos científico.

Así pues, el interés histórico de estos lúcidos relatos radica, antes que nada, en la posición de testigo que Galdós se atribuyó al asistir a las sesiones judiciales tomando buena nota de los intrincados procesos en los cuales sus protagonistas dejaban traslucir su temperamento, sus debilidades y su astucia. En el caso del cura Galeote, uno de esos “*curas francos* que andan por Madrid”, las contradicciones alcanzaban un grado aún mayor por la propia condición clerical del asesino y las posturas que adoptaron las distintas facciones políticas y eclesiásticas.

Mas la importancia de estos relatos a efectos literarios y aún filosóficos reside en la capacidad que tuvo Pérez Galdós para utilizarlos como tema sobre el que construir la novela contemporánea. Novela en tiempos de Sociología, podríamos decir a diferencia de la novela meramente psicológica o de tipos. El escritor canario al escribir *La incógnita* y *Realidad*, dos versiones diferentes del crimen de la calle de Fuencarral estaba pasando de la novela de autor

a la novela de personajes que construyen la realidad a través de sus propias capacidades para conocer la verdad. Es el paso del género epistolar al género dialogado sobre el que después construiría sus dramas y algunas novelas de su etapa madura. Así pues, nos encontramos con un punto de partida aparentemente alejado de la filosofía y un punto de llegada bien próximo a la epistemología con la novela como eslabón intermedio. No en vano Bajtin ya nos hizo ver que cuando la epistemología es la disciplina dominante en filosofía, la novela es el género más cultivado en literatura. Es, sencillamente, la senda cervantina y su lúcida revisión de la modernidad que si Cervantes la realizó por anticipado ahora el autor canario hacía lo propio respecto de lo que vendría a significar el modernismo, es decir, una profunda revisión de las epistemologías racionalista y positivista del XIX.

El lector encuentra ahora publicados estos relatos sin cuya lectura es difícil entender las novelas mencionadas y desde ahí entender la estética que estaba comenzando a nacer en ese final de siglo. Ahí radica en última instancia su interés sin perder el primero que se asienta en el placer de la lectura de este Galdós periodista, de escritura fácil y mirada aguda. Un trabajo de filigrana puesto a disposición del lector por una pequeña editorial que demuestra con él la importancia material del libro bien hecho como soporte imprescindible de la escritura.

J.L.M.

GARCÍA PINACHO, Pilar & PÉREZ CUENCA, Isabel (Eds.): *Actas del Congreso Internacional “Leopoldo Alas Clarín en su centenario (1901-2001): espejo de una época”*. Madrid, Universidad San Pablo-CEU, 2002.

Si por un lado este congreso ahonda y amplía las rectificaciones respecto a la figura y obra de Clarín que trajo la segunda mitad del siglo XX, por el otro diversifica el valor del ilustre asturiano al evitar el tradicional eclipse ocasionado por el novelista y su mayor novela a costa del resto de sus facetas y producción. Ya lo advierte Rodolfo Cardona al recordar en la “Introducción” que Clarín hay varios, y como advertirán a su vez otros a lo largo de las actas, esos varios se complementan. Y si de equilibrar el monopolio del novelista sobre el del cuentista, crítico literario y periodista se trata, bien podríamos empezar por otra advertencia, en el “Prólogo” esta vez de las coordinadoras del congreso, Pilar García Pinacho e Isabel Pérez Cuenca, quienes nos recuerdan ahora que el propio Alas consideraba el periodismo su profesión y actividad principal. Luego, el resultado de semejante visión abarcadora no es sólo que La Regenta, sin dejar de ser el astro literario mayor, se ve compartiendo su brillantez, no obstante, con el resto de la prosa clariniana; más allá de todo esto, las múltiples aproximaciones a Clarín irán engendrando las correspondientes interpretaciones variadas que terminarán por brindar un retrato de Clarín y su obra lógicamente multidimensional.

Una de las condiciones inevitables de todo congreso -la a su vez inevitable repetición de tópicos- queda así al menos aminorada al variar las perspectivas de las ponencias. Pero tampoco es igual la repetición desde un mismo o único punto de vista, que desde la diversidad. En este último caso, reiterar puede muy bien equivaler a revelar y no simplemente reforzar. Apreciar, por ejemplo, la importancia de la Revolución del 68 en un trabajo sobre La Regenta, en otro sobre un artículo periodístico, y en aún otro sobre la crítica literaria de Alas, es valorar el impacto de La Gloriosa sobre Clarín en todas sus dimensiones. Complementando esta variedad, está la de las diferentes escuelas de crítica: Julio Rodríguez Puértolas, aplicando un criterio de tipo marxista, desvela en Clarín (y de paso en Galdós, sin ser el único que redime al “garbancero” canario al hacer otro tanto con el “gacetillero” asturiano) un realismo que trasciende el burgués del momento, acercando así a ambos a la modernidad, mientras que

Isabel Navas Ocaña brinda un cabal resumen de la trayectoria feminista en cuanto a la obra de Clarín. Y si el primero destaca la aproximación a lo maravilloso del realismo clariniano, Germán Gullón, mezclando escuelas literarias, descifra en el realismo de Alas una aproximación ahora a un idealismo no muy lejano del de Cervantes, a pesar del peso de las lecturas positivistas de su época.

Otra condición inevitable de cualquier congreso son las ausencias, pues nunca están todos los que son, por diversos motivos (fechas, otros compromisos, etc.). No obstante la ausencia de cualquier especialista, la calidad general de las ponencias nos parece de tal altura, que sí puede afirmarse que son los que están, si no todos, ciertamente una mayoría. Inevitable también es que una reseña sea incapaz de abarcar con justicia todos los trabajos, y que nos veamos obligados a seguir comentando sólo una minoría representativa de esa altura general. El ya mencionado carácter rectificador del congreso queda establecido muy pronto, pues la primerísima ponencia, del nieto de Clarín, Pedro de la Llave Alas, aborda la cuestión religiosa desde dicha rectificación, mientras que el tradicional prejuicio contra el siglo XIX que tanto daño ha hecho a sus autores- lo acabamos de ver con Clarín y Galdós -queda ampliamente refutado por José Luis Mora al subrayar la ceñida relación entre literatura y filosofía en la segunda mitad de ese siglo. Del Alas periodista ya hemos hablado, pero el solo título de García Pinacho, "Clarín, la raza del periodista", o el de Jean-Francois Botrel, "Clarín, práctica y teoría del periodismo", rematan la trascendencia que tuvo esa labor en tantos sentidos, y que sendas ponencias destacan clara y precisamente, semejante, pues, al trabajo que dedica Laureano Bonet a la crítica literaria clariniana. No, no nos olvidamos del siempre olvidado género del cuento, nada menor en Clarín, conforme comprueban Paz Díez Taboada, Ulpiano Lada Ferreras y José González Herrán.

Edición bella, con papel y cartulina ahuesada de suficiente gramaje como para crear esa deseable impresión contradictoria de sencilla elegancia, la portada muestra además un desconocido retrato de Clarín. Sólo un reparo pondríamos a la edición: en determinados trabajos, las notas abundan tanto hasta entorpecer la lectura, pues admirable como sea el intento de perfección, la distracción y dificultad a la hora de asimilar una materia debe imperar.

Sin duda, mucha tinta dejamos perdida en el tintero, de tanto que nos queda por decir. Más perdería el lector interesado en Clarín y el siglo XIX si no aprovechara las actas de este congreso que tanto abarca y tanto aprieta.

Eugenio Suárez-Galbán Guerra

PACHECO, Daniel & Díez Torre, Alejandro R. & Sanz, Alejandro: *Ateneístas ilustres*. Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, 2004, 718 págs.

Recoge este bellissimo libro, de rica edición, las intervenciones habidas en las primeras jornadas sobre ateneístas ilustres, organizadas por el Ateneo Científico, Literario Artístico de Madrid, celebradas en noviembre de 2003 con el apoyo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y el patrocinio del Ayuntamiento de la capital. Con el impulso de su actual presidente, José Luis Abellán y del resto del comité organizador, Alejandro Díez de la Torre, Enrique Dorado, Isabel Herreros, Tomás Mallo, Daniel Pacheco, Pedro Pérez, Javier Puerto y Alejandro Sanz se estudian sesenta ateneístas que representan todos los campos del saber, del arte y de la política. Prácticamente la historia de España de dos siglos desfila por estas páginas en la vida y obra de científicos como Laureano Calderón, Ángel Pulido, José Ribera y Sans, Rodríguez Carracido, Luis Simarro, Rey Pastor, Ramón y Cajal, Marañón o Pedro Laín; políticos como Cánovas o Azaña; músicos y pintores como Esplá, Falla o Sorolla;

personalidades tan diferentes como Aznar, Giral o Labra; y una larguísima nómina de escritores de todos los géneros literarios: Clarín, Pardo Bazán, Valle Inclán, Antonio Machado, Unamuno, Ortega... y Pérez Galdós. Precisamente había sido el escritor canario quien con más devoción y conocimiento había escrito del Ateneo. Con anterioridad a su Episodio *Prim* había enviado, en la primavera de 1884, al periódico *La Prensa* de Buenos Aires un larguísimo artículo (recogido por Shoemaker, W., *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires*) con motivo de la inauguración del nuevo edificio en la calle del Prado. Galdós demostraba en esas páginas la capacidad de observación que supone su valor reconocido para enjuiciar el papel de quienes habían hecho de este “glorioso Instituto el regulador de las ideas, misterioso instrumento que las impele o las contiene según las necesidades de cada tiempo” a través de los debates pues “sólo en los encuentros y acometidas de pareceres brilla la verdad, aunque no salga triunfante siempre ni la vean comúnmente los que se pelean por ella”. A ello se refiere Asunción García Iglesias en las documentadas páginas a él dedicadas, escritas con ese punto de emoción a que Galdós siempre nos obliga al habernos enseñado a mirar de esa manera desde sus tempranas “figuras de cera” en el periódico *La Nación* hasta el final de sus páginas.

Así pues, estamos, sin duda, ante un libro de historia porque en el Ateneo se ha escrito buena parte de la historia del saber en nuestro país. No se entendería el desarrollo de la filosofía ni de la ciencia o la literatura sin los debates sobre el positivismo, el evolucionismo ni el libre examen y la literatura presente o los cursos que sobre el Renacimiento impartiera Alfredo Camus. Tampoco lo podríamos hacer sin conocer los discursos europeístas que pronunciara Ortega, a los que se refiere la profesora Sánchez-Gey, o esa reciprocidad que se estableció entre Unamuno y el Ateneo tal como nos presenta acertadamente el profesor Abellán. Mas es, sobre todo, una propuesta de respeto a quienes la han protagonizado con sus ideas al servicio de la construcción de la verdad. Es decir, estamos ante un libro que nos habla de la razón histórica pero con la gente de carne y hueso dentro, con sus vidas personales y sus biografías intelectuales imbricadas en las circunstancias de cada tiempo. A través de una institución, en estas páginas, asistimos a la historia con rostro humano. Por eso la importancia de las ilustraciones, que no sólo adornan sino que son parte imprescindible para que el lector no olvide que detrás de las ideas científicas, de la creación literaria, pictórica, musical o pictórica siempre hay rostros humanos.

Y esta historia es continuada por quienes firman cada una de las semblanzas. Podrá reconocer el lector a historiadores prestigiosos como Carmen Iglesias, historiadores de la ciencia como Sánchez Ron, Diego Gracia, Antonio González, Puerto Sarmiento o García Camarero; de la literatura como Ángel Berenguer y Manuel Pérez junto a los citados anteriormente Abellán y Sánchez-Gey, historiadores de la filosofía. Con ellos todos y cada uno de quienes firman estas páginas, reconocidos estudiosos de cada una de las personalidades que completan este libro. Muchos de ellos tienen importantes monografías sobre los aquí estudiados pero el interés principal de este libro reside en haberlos reunido en un solo volumen pues es así como el lector tiene un serio argumento para combatir algunos de nuestros más persistentes tópicos.

Se está haciendo, sin duda, en estos últimos años un importantísimo esfuerzo de recuperación de la tradición liberal española, refugiada en buena medida en esta institución madrileña y en sus homónimas de provincias: ateneos, ateneos obreros, universidades populares... Todos estos centros contribuyeron al progreso del conocimiento y centraron sus esfuerzos en construir un país mejor a través de la exposición de las ideas y de su debate como base del progreso de todo país. Sabemos que no siempre lo consiguieron pero la semilla quedó. Hoy sabemos, también, que gracias a su esfuerzo a favor de la libertad nuestra vida es, con seguridad, mejor.

CSEJTEI, Deszö: *Muerte e inmortalidad en la obra filosófica y literaria de Miguel de Unamuno*. Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2004, 117 págs. ISBN: 84-7800-600-1.

Hablar de la muerte en nuestro tiempo resulta casi de mala educación. A los muertos los vemos ahora detrás de un cristal, bien limpios y puestos en ataúd de madera reluciente y forrado de terciopelo. Los muertos ya no huelen ni ofrecen normalmente una imagen inquietante. En realidad la característica de nuestro tiempo es, en relación con la muerte, que ésta no existe. Siempre hay gente que muere, pero eso es algo que no forma parte ni de los proyectos de los vivos ni, mucho menos, de la felicidad que nos brinda el consumismo capitalista con su permanente sonrisa.

Csejtej, filósofo húngaro, gran hispanista y escudriñador de filósofos españoles, se enfrenta en este libro con el tema de la muerte, utilizando herramientas hermenéuticas para analizar el tratamiento tanatológico presente en la obra de Unamuno. El lector es certeramente guiado en el estudio mediante un planteamiento que combina los modos históricos de relacionarse con la muerte, desde los griegos a nuestros días, con las formas de su tratamiento filosófico desde la fenomenología y la hermenéutica. Aunque la filosofía de Heidegger es un referente de la filosofía tanatológica de Csejtej, lo es más para señalar diferencias respecto de la posición de Unamuno que para defender al autor alemán.

Lo cierto es que Csejtej maneja la fenomenología y la hermenéutica para mostrar el análisis de la muerte realizado por filósofos existencialistas como Kierkegaard, Jaspers, Marcel. ¿Y dónde se sitúa Unamuno? Csejtej sostiene que “la tanatología de Unamuno es el terreno de la lucha entre la posición tradicional, premoderna, la moderna y la actitud antimoderna” (pág.30), aunque, finalmente, el punto de vista del autor vasco es calificado de antimoderno.

El cristianismo había situado la muerte en un horizonte que le daba *sentido* a ella misma y a la vida como dos aspectos que, aun perteneciendo a dos mundos distintos, estaban entrelazados, como lo vemos en la pintura del Greco (el entierro del Conde Orgaz, por ejemplo). Esta visión se rompe con la Ilustración, en la que la muerte, vista desde la mera razón, es algo *sin sentido*, lo que Csejtej llama dualismo hermenéutico. Unamuno estaría en la frontera de este dualismo, en la *agonía hermenéutica*, ya que lucha con ambos lados.

Desde estas premisas, Csejtej coloca al autor vasco en diálogo con las dos partes, o más exactamente, en *agonía*, en lucha, pero en el escenario europeo integrado por los filósofos de la corriente existencialista y fenomenológica. Éste me parece un punto muy positivo, el de situar a Unamuno en diálogo con el pensamiento europeo contemporáneo, y lo digo porque Csejtej no valora al autor español por lo mucho o poco que se haya aproximado a ellos, como suele hacerse justamente en España, sino por la originalidad de su tratamiento del tema de la muerte.

No puedo entrar aquí en infinidad de detalles que habría que reseñar hablando de este libro, como es el hecho, que creo tan oportuno como atinado, de unir filosofía y literatura, cosa imprescindible tratándose de Unamuno. Csejtej ha acertado aquí plenamente. Estudiar a Unamuno usando el molde de las categorías de la filosofía académica es, o bien convertirlo en un ladrillo, concediéndole miserables migajas de filosofía, o bien negarle sencillamente cualquier papel en ella. Csejtej no sólo realiza un interesante análisis de la tanatología unamuniana, sino que lo hace mostrando su original aportación al tema, acudiendo tanto al ensayo como a la novela, la poesía, el teatro. Creo que es una buena manera de acercarse a Unamuno, además de desmenuzar un tema nada fácil de abordar, por estar plagado de trampas cavadas por tradiciones religiosas, lecturas teológicas y posiciones dogmáticas de distinto

signo.

Tampoco está de más señalar el mérito de un filósofo húngaro que escribe perfectamente en español. Es cierto que la editorial debiera corregir en la segunda edición algún pequeño detalle en este sentido, pero es de agradecer el esfuerzo de Csejtei por expresarse en la lengua de Cervantes, añadiendo así a sus publicaciones en húngaro este interesante y documentado estudio sobre el tratamiento unamuniano de la muerte.

Pedro Ribas

VAUTHIER, Bénédicte: *Arte de escribir e ironía en la obra narrativa de Miguel de Unamuno*. Ediciones Universidad Salamanca, 2004.

Partiendo de la “estilística de la creación verbal” de Bajtín y del ensayo de Strauss *La persecución y el arte de escribir*, Bénédicte Vauthier se propone en este riguroso y trabajado ensayo dos objetivos principales: por un lado, acabar con el tópico de que la política y la literatura en la obra unamuniana corren caminos distintos, si no opuestos; y por otro, íntimamente relacionado con lo anterior, destacar cómo el escritor vasco abordó en sus *nivolas*, a través del distanciamiento y de la valentía que otorga la ironía, el problema de España, y que adoptó una postura muy crítica con los principales intelectuales españoles de la época y con sus respectivas soluciones a la crisis.

Para llevar a cabo este doble objetivo, Vauthier nos propone el siguiente recorrido teórico: primero, apoyándose en Bajtín, lleva a cabo una reflexión sobre la estilística de la ironía en la obra narrativa. En segundo lugar, a través del análisis minucioso de *Amor y pedagogía*, pero también de *Niebla* y otros relatos cortos del autor vasco, nos descubre cómo Unamuno fue un escritor irónico -situándose en la línea de Sócrates y Cervantes-, que decidió hacer uso del género de la *nivola* para abordar el problema de España, frente al discurso meramente histórico o a la novela realista decimonónica. La *nivola*, por tanto, es considerada por Vauthier como la “respuesta histórica, filosófica y estética de Miguel de Unamuno a los discursos dominantes (doxas) en estas respectivas áreas del saber”. El estudio de cada uno de los personajes de *Amor y Pedagogía*, le permite a Vauthier, en tercer lugar, situar a Unamuno frente a los discursos filosóficos del momento, especialmente frente a los escolásticos, los krauso-institucionistas y los krauso-positivistas, y, además, desmontar el tópico de la supuesta identidad que suelen establecer los críticos de la obra unamuniana entre don Fulgencio y Unamuno, hasta el punto de llegar a considerar al primero como un heterónimo del segundo.

Esta nueva lectura en clave irónica de la narrativa unamuniana que nos propone Vauthier nos permite descartar como infundadas las frecuentes acusaciones que penden sobre Unamuno como un autor contradictorio, irracional y reaccionario, pues el arte de la ironía que pone en práctica el autor en sus *nivolas*, si se sabe descubrir, esto es, si se sabe leer entre líneas la obra narrativa unamuniana, nos capacita para desmontar muchas de sus paradojas, al mismo tiempo que nos descubre a un Unamuno comprometido políticamente con la España de su tiempo, que no tuvo más objetivo que despertar las conciencias e invitar a cada lector a un ejercicio saludable de análisis crítico de la realidad española, instándole a ir más allá de los lugares comunes.

Mercedes Gómez Blesa

FRANZ, Thomas R.: *“Niebla” inexplorada: midiendo intersticios en el maravilloso texto de Unamuno*. Newark, Juan de la Cuesta, 2003, 180 págs.

Dos iconos han tenido -y tienen- los hispanistas norteamericanos: Pérez Galdós y Unamuno. Sería incluso de interés analizar los porqués de esta admiración sobre la que se asentó la celebración del centenario del nacimiento del escritor vasco (1864-1964) y el comienzo de los congresos internacionales sobre el escritor canario a comienzos de los setenta. Se trata de saber qué representan estos escritores españoles de dos generaciones diferentes, a la vez distantes y próximos entre sí, de fuerte personalidad ambos y de preocupaciones radicales por lo humano los dos. Quizá sean éstas las razones definitivas del atractivo ejercido por el novelista y el *nivolista* sobre los lectores y estudiosos que trabajan en los departamentos de literaturas románicas de las universidades americanas. Pero, seguramente, habrían de añadirse otras razones que nos explicaran hasta qué punto estos hispanistas, en buena medida, nos han “descubierto” este legado español en el que han buscado detalles y matices y, en fin, todo aquello que supusiera aportar claves de lectura interna, de lectura comparada con otros autores o el conocimiento de la génesis de los textos.

En este marco debe situarse el libro del profesor de Ohio, Thomas Franz quien ha reunido en este volumen nueve ensayos más una reflexión final acerca de la novela *Niebla* de Miguel de Unamuno. Constituyen a modo de círculos concéntricos que permiten al lector aproximarse a los “intersticios” que surgen de comparativas con otras novelas precedente sobre las que se proyecta la propia obra unamuniana. Si *Fortunata y Jacinta* de Galdós era casi una referencia obligada, el capítulo dedicado a *Bodas de sangre* de Lorca me parece todo un descubrimiento que abre perspectivas interesantes a la influencia de la obra unamuniana y a su recepción. Hay, también, lecturas comparatistas con otros autores de lengua inglesa como Strindberg o Shaw realmente sugerentes que ratifican la posición cada vez más clara de un Unamuno poseedor de una proyección poco o nada localista aunque el material de reflexión lo de a entender.

Pero quizá estos aspectos, más bien eruditos, sean periféricos a la propia obra que se toma como objeto de estudio, es decir, *Niebla*. En mi opinión los asuntos que más consideración merecen en el libro son aquellos que indagan entre los planos de la realidad (lo que pudiera haber de biográfico en el papel conferido al propio autor), la ficción y la metaficción porque ahí es donde el profesor Franz realiza aportaciones realmente interesantes para el lector de la novela. Me refiero a los capítulos (III, IV) en que analiza aspectos internos de la propia obra, bien de tipo temático: especialmente lúcidos son el análisis del tratamiento dado a las clases sociales o la presencia de las estrategias de la Bolsa relatadas a través de claves no visibles para un lector poco avisado. O, en otro orden más hermenéutico, la lectura que ofrece el capítulo VII donde se analizan aquellas obsesiones de Unamuno con las que habrá de enfrentarse el lector y que en la novela componen distintas melodías hasta componer una polisinfonía que constituye su verdadero atractivo, eliminando cualquier atisbo de simplicidad. Es en este plano de las relaciones entre ficción y metaficción, al cual el profesor Franz se refiere con reiteración, donde residen las mejores aportaciones de su análisis.

Y junto a este aspecto, las informaciones relevantes del capítulo IX sobre el manuscrito de *Niebla* y su peripecia. Quizá no habíamos caído suficientemente en la dificultad que supone fijar correctamente los textos de Unamuno tan preocupados hemos estado por las ideas en ellos contenidos. Concluye casi con cierta angustia: “Este es un estudio que debería llevarse a cabo antes de que el papel barato que usaba Unamuno y los números muy borrables que anotó a lápiz se transformen en nada.” Al final queda, en su recuerdo de las horas pasadas en la Casa Museo de la ciudad de Salamanca (siempre la presencia de la ciudad también en la obra de Unamuno como bien analiza Thomas Franz), no sólo el aprecio intelectual por una novela que junto a *Amor y pedagogía* y *San Manuel Bueno, mártir* constituye el *corpus* literario-filosófico del rector que no olvidaba echar su partida de ajedrez en el Casino sino, sobre todo, un compromiso de fidelidad con la obra que fue escrita por

aquel hombre que si jugaba al ajedrez pero lo que realmente le preocupaba era la inmortalidad. Lo cotidiano y lo eterno son sentimientos a los que se enfrentan irremediabilmente los lectores de estos dos autores españoles bien que en distinto grado pero no menor intensidad. Recuérdese la *Casandra* (1905) galdosiana y la reacción que mereció a Unamuno. Si éste comenzó a escribir *Niebla* casi al mismo tiempo -o poco después- que el *Tratado sobre el amor de Dios*, la obra galdosiana no andaba muy lejana. De ahí la pertinencia del libro de Thomas Franz al comenzar por analizar una relación tan bifronte como compleja. Esa vuelta a Galdós realizada por Unamuno en Fuerteventura vendría a ratificar que no es fácil olvidarse de las primeras influencias.

El libro está muy bien escrito en castellano (no es, pues, traducción) y eso es también digno de agradecer porque forma parte del mismo compromiso contraído como lector que desea hacer más lectores. Y hacerlos allí donde se encuentren.

José Luis Mora García

URRUTIA JORDANA, Ana: *La poetización de la política en el Unamuno exiliado. “De Fuerteventura a París” y “Romancero del destierro”*. Universidad de Salamanca, 2003, 208 págs. ISBN: 84-7800-654-0.

Desde su título, el libro de Ana Urrutia Jordana apunta directamente hacia una de las facetas menos exploradas en la figura de Unamuno: *La poetización de la política en el Unamuno exiliado. “De Fuerteventura a París” y “Romancero del destierro”*. En efecto, la abundante bibliografía sobre Unamuno apenas ha indagado en estos dos poemarios del exilio en Fuerteventura y Hendaya. Como recuerda Ana Urrutia Jordana, se trata de una circunstancia propiciada tanto por la tardía publicación íntegra de estos dos poemarios (1981 y 1982, respectivamente) como por la complejidad de la figura de Unamuno. El libro constituye así no sólo un estudio detallado que reivindica dos poemarios desconocidos, sino también una reevaluación de la imagen de Unamuno. Indirectamente, el libro supone además una invitación a reconsiderar la historia cultural de la dictadura de Primo de Rivera.

Ana Urrutia Jordana estructura su libro en seis capítulos principales, en una progresión que va de lo más general a lo más particular. Después de una contextualización histórico-cultural sobre la dictadura de Primo de Rivera, el libro presenta y analiza las circunstancias políticas y biográficas que desembocaron en el exilio de Unamuno. Seguidamente explica la gestación y alcance del concepto que da unidad al libro: la poetización de la política. A partir de este punto, el libro ahonda en los poemarios *De Fuerteventura a París* (1925) y *Romancero del destierro* (1928). Tras las conclusiones del estudio, se incluye un apéndice que recupera el manifiesto “Al país y al Ejército” que proclamó Primo de Rivera en 1923.

Además de esta progresión lineal, *La poetización de la política en el Unamuno exiliado* permite una lectura transversal de los dos aspectos que estructuran el libro: la poesía y la política. En lo referido al aspecto poético, Ana Urrutia Jordana llama la atención sobre la escasez de estudios: “La laguna crítica en torno a la poesía no deja de desconcertar, no sólo por el -más que demostrado- valor intrínseco de la obra poética unamuniana, o por lo atractivo que suele resultar un campo todavía abierto a la exploración y estudio, sino fundamentalmente, por el declarado deseo del escritor en ser considerado, ante todo, poeta” (págs. 72-73). Señala además el concepto unamuniano de poesía como *poiein* (pág. 84).

En cuanto a la política, Ana Urrutia Jordana destaca la asociación que existe entre lo íntimo y lo comunitario en estos poemarios unamunianos: el hombre, cuanto más indague en sí mismo, más se acercará a “las raíces comunes de todos los hombres” (82). Por otra parte, una buena parte del libro está dedicada a una evaluación de la compleja figura de Unamuno

en el contexto político de los años veinte y treinta; y analiza las razones que, con el tiempo, han llevado a que sea una figura criticada e incomprensida tanto por la derecha como por la izquierda.

La originalidad de Ana Urrutia Jordana consiste en hacer confluír las dos vertientes: “la poeticidad de un texto resulta directamente proporcional al politicismo del mismo” (88). Esta conjunción de elementos constituye el eje central del libro: “Y es que para él, el escribir poemas es otro modo de hacer política” (pág. 62). Aunque el libro se centra casi exclusivamente en detallar las consecuencias de esta confluencia en la obra de Unamuno, no cabe duda de que tendría también un rendimiento crítico más abarcador. Por ejemplo, la consideración de poesía y política como fenómenos interrelacionados sería una aproximación igualmente fructífera a la obra de otros poetas y pensadores de los fértiles años veinte y treinta en España, desde las vanguardias hasta el estallido de la Guerra Civil.

En suma, *La poetización de la política en el Unamuno exiliado*. “*De Fuerteventura a París*” y “*Romancero del destierro*” contribuye al reconocimiento crítico de una imagen olvidada pero imprescindible de Unamuno y, por extensión, de la dictadura de Primo de Rivera. Según señala la misma Ana Urrutia Jordana, a Unamuno “se le ha juzgado como politiquero y literato, y no como político o poeta” (90).

Goretti Ramírez

ORTEGA Y GASSET, José: *Obras completas*. Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, tomos I (1902-1915; 1034 págs.), II (1916; 964 págs.) y III (1917-1925, 1070 págs.) Ed. del Centro de Estudios Orteguianos (Fundación José Ortega y Gasset)

La nueva edición de estas *Obras Completas* ha sido diseñada, por primera vez, sobre una estructura cronológica. Los seis primeros volúmenes contienen las publicaciones decididas por el propio Ortega, escritos que se dilatan a lo largo de más de medio siglo (1902-1955), pues el filósofo madrileño comenzó a publicar muy pronto, en 1902, cuando contaba diecinueve años y sacó en *Faro de Vigo* (26 de agosto de 1902) una “*Glosa a Ramón del Valle-Inclán*”. Arriba hemos anotado el campo temporal que cubren los volúmenes ya aparecidos. El cuarto abarca de 1926 a 1931, el quinto, 1932-1940 y el sexto, 1941-1955. Los cuatro últimos albergan la extensa y fundamental producción que, por distintos avatares, Ortega no dio a la imprenta. Entre su obra póstuma se hallan escritos tan decisivos de su bibliografía como *¿Qué es filosofía?*, *La idea de principio en Leibniz* o *El hombre y la gente*. La obra póstuma se reparte entre los cuatro últimos volúmenes de la siguiente forma: el tomo séptimo, 1902-1925; el octavo, 1926-1932; el noveno, 1933-1948; y el décimo, 1944-1955.

La presente publicación culmina una larga historia de obras más o menos completas que se inicia con una primera recopilación titulada *Obras* que hiciera Espasa-Calpe en 1932. A ella seguiría después el primer proyecto de unas “completas” intentado por el propio Ortega en 1946 con la ayuda de su hijo José Ortega Spottorno, entonces director de la recuperada editorial *Revista de Occidente*, que llegaría a seis volúmenes en 1947. Posteriormente y ya después de la muerte de Ortega, Paulino Garagorri iría añadiendo textos póstumos y otros no reeditados hasta alcanzar, primero, los nueve volúmenes, más tarde once, al incorporar los dos tomos de escritos políticos, y finalmente los doce de 1983, en la edición del centenario del nacimiento, añadiendo algunos cursos de notable relevancia teórica, como las *Investigaciones fenomenológicas* (1916) o los cursos *Sobre la razón histórica* de Buenos Aires (1940) y Lisboa (1944). Como señalan los autores de la edición¹, el corpus orteguiano se ha organizado

¹ Según los créditos de la edición, la responsabilidad de la misma es del equipo de investigación del Centro de Estudios Orteguianos, formado por Carmen Asenjo Pinilla, Ignacio Blanco Alfonso, José Ramón Carriazo Ruiz,

en tres categorías con vistas a su publicación: los textos que habían sido editados en las sucesivas ediciones de obras completas, los que estaban publicados pero nunca se incorporaron a éstas y los escritos inéditos a la muerte de Ortega. Todos ellos aparecerán recogidos en la nueva edición, de modo que, por primera vez, existirá un único lugar en que estén juntos, ordenados y accesibles todos los textos conocidos de Ortega. Del carácter marcadamente incompleto de las anteriores “completas” dan fe algunos hechos como el que hasta la edición de estas OC, subsistía una notable dispersión; por ejemplo, la edición de OC de 1983 no incluía decenas de páginas de inéditos que Garagorri fue incorporando posteriormente a las ediciones de bolsillo del Arquero (Revista de Occidente-Alianza). Incluso los manuscritos de varios cursos de la época intelectualmente más decisiva de Ortega, comienzos de los años treinta, cuando se ha retirado de la política y se dedica a trabajar intensamente en filosofía, editados bajo el título *¿Qué es conocimiento?* no fueron incorporados al último volumen, el XII, único que contenía novedades respecto de las “completas” anteriores a 1983.

Esta nueva edición incorpora novedades que la harán imprescindible, sobre todo para el trabajo de futuros investigadores. El proceso ha sido lento y costoso, no sólo en lo económico y, por supuesto, presupone todo el trabajo editorial que se puso en marcha cuando el propio Ortega, justo después de la guerra civil asumió la responsabilidad de publicar sus propias obras, re-fundando la editorial Revista de Occidente. Los esfuerzos de Garagorri y los de otros discípulos como Rodríguez Huéscar que en un momento dado elaboraron proyectos de edición de obras forman ya parte de la historia de esta edición, sin olvidar la condición de posibilidad decisiva que está en su origen: el trabajo de conservación y ordenación del archivo de Ortega que realizó su hija Soledad a veces en condiciones precarias y artesanales.

Pero más precisamente y en su tramo final este proceso editorial arranca de una comisión de “expertos” que reunida en la *Fundación José Ortega y Gasset* el 3 y 4 de febrero de 2000, José Luis Molinuevo, director del recién creado *Centro de Estudios Orteguianos*, fijaron los criterios que debían presidir la nueva edición y que podrían resumirse en: ordenación cronológica, con la salvedad de los libros editados como tales por su propio autor (ejemplo obvio, los volúmenes del *El Espectador*); preocupación por la fijación del texto y voluntad de que sean realmente “completas” (en lo humanamente posible), incorporando todos aquellos textos editados en periódicos, revistas o libros, aunque dejando fuera, para una edición posterior, con otras características, resúmenes de prensa de conferencias, notas de trabajo, entrevistas y cartas.

Entre las contribuciones que presenta esta edición no es la de menor valía la reconstrucción filológica del texto teniendo en cuenta las variantes que presenta cada uno, que a veces son muchas, dada la costumbre de la época de publicar el mismo escrito en distintos lugares. Una conferencia o lección de cátedra podía luego convertirse en artículo y éste servir de nuevo como punto de partida para un texto más elaborado que se editaría en una revista o se recopilaría en un libro. El objetivo perseguido no es sólo evitar las confusiones y las erratas que las sucesivas ediciones pueden haber ido multiplicando sino evitar las repeticiones que la forma de trabajo de Ortega a la que nos hemos referido, pueda propiciar, buscando fijar el texto para que el lector tenga ante sí lo que realmente Ortega escribió en el orden más pleno de significado y en la versión más cercana al ideal que perseguía su autor al volver a trabajar en el texto. Hay que señalar que algunos escritos -véase a título de ejemplo, los avatares

María Isabel Ferreiro Lavedán, Iñaki Gabaraín Gaztelumendi, Azucena López Cobo, Juan Padilla Moreno y Javier Zamora Bonilla. En nota se agradece a los anteriores directores de Estudios Orteguianos, Jose Luis Molinuevo e Ignacio Sánchez Cámara y del investigador Domingo Hernández Sánchez, la labor realizada. Sin el impulso aportado por el director del Instituto universitario José Ortega y Gasset, Juan Pablo Fusi y de su secretario general Jesús Sánchez Lambás seguiríamos hoy sin nueva edición.

editoriales y variaciones de “Meditación del Escorial” *El Espectador VI*, OC, vol. II- han exigido un trabajo de cotejo de variantes y análisis comparativos muy complejo, facilitado y hecho posible por los adecuados instrumentos informáticos.

El aparato filológico queda reflejado en los anexos e índices que acompañan al texto orteguiano al final de cada volumen. En primer lugar, hallamos unas “Notas a la edición” en donde se justifican los contenidos del volumen, atendiendo especialmente a los “inéditos” que aparecen por primera vez en OC. Ejemplo destacado en el primer volumen, es la edición de la tesis doctoral de Ortega, *Los terrores del año mil* que, publicada en 1909, no había sido reeditada hasta la fecha. En las notas se explican los criterios de localización de una determinada obra, que como se ha dicho, es el cronológico, según fecha de publicación (y de redacción para los inéditos). También se añade en este apartado la información biográfica y bibliográfica sobre los textos, estableciéndose nuevas dataciones, cuando se han hallado pruebas documentales que corrigen las usuales. Asimismo, se exponen detalles que explican el origen de un texto, contando la “historia” de escritura del mismo, cuando ésta es relevante para su reedición aquí. Quizá los autores se han tomado en serio aquella advertencia que hizo Ortega cuando escribió un prólogo al primer volumen de sus obras, en un lejano 1932, en el que afirmaba: “Mi obra es por esencia y presencia, circunstancial” (OC, 1983, VI, pág. 346), aclarando que esa obra venía a ser un “caso ejecutivo” de su doctrina sobre la vida humana expresada en el famoso lema “yo soy yo y mi circunstancia...”.

En la noticia bibliográfica se recogen “los materiales utilizados en cada caso para la fijación del texto, como se dice en el prólogo a “Esta edición...”. Para el conjunto de los escritos se toman en consideración las sucesivas ediciones de obras y obras completas, tomándose como referencia, la última editada en vida de Ortega (Madrid, 1953-1955). En el Apéndice los editores exponen todas las variantes que ha experimentado cada texto (supresiones, añadidos) en sus sucesivas ediciones. Normalmente, los cambios reflejan una mejora estilística, un adjetivo que hace más esbelta la frase, pero en ocasiones revelan decisiones intelectuales que pueden resultar interesantes para el investigador que rastrea tal o cual línea de pensamiento. Los Anexos contienen artículos cuyos originales manuscritos no se han hallado en archivo pero que una investigación ha revelado su factura orteguiana o textos que aunque publicados en una primera ocasión luego fueron retirados de las posteriores ediciones.

Los volúmenes se cierran con un índice onomástico y otro toponímico. Se ha proyectado un índice de materias que cerrará la edición, tras el volumen diez. Trabaja en su elaboración Domingo Hernández Sánchez, autor de una publicación de *Índices de autores y conceptos de la obra de José Ortega y Gasset* (Edición de la Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2000).

El trabajo llevado a cabo por el equipo de investigación en la preparación de estas OC marcará, sin duda, un hito en las publicaciones de estas características, a mi juicio no tanto porque contengan textos no conocidos hasta la fecha, que pudieran encerrar novedades hermenéuticas, como porque se ofrecen en un orden mucho más preciso y oportuno para su estudio y porque la investigación filológica presenta la versión definitiva de los textos. Sugiero que las novedades son formales antes que de contenido, pero pueden afectar a los significados cuando se releen los escritos de Ortega en ese otro orden. Un ejemplo especialmente llamativo lo hallamos en las relaciones, siempre complejas, entre filosofía y política. Cuando ahora en el volumen I podemos leer las conferencias y artículos de asunto inmediatamente público, relegados al vol. X de las OC de 1983, junto a las reflexiones más filosóficas o teóricas de las mismas fechas, puede ser que comprendamos mejor las tensiones, conexiones, proyecciones entre las varias esferas de la obra y la vida orteguianas: la del profesor, la del publicista y periodista, las del editor y promotor cultural, las del político, en fin, ora cercano, ora distante de la cosa pública.

En cuanto al volumen global de “inéditos” -referido el término siempre al corpus de obras completas, (quizá sería más preciso decir “raros” por inencontrables hasta la fecha)- que contienen estas nuevas obras, tendremos que esperar. De los aparecidos, quizá el I contenga más novedades que el II. Además de la inclusión, ya mencionada, de *Los terrores del año mil. Crítica de una leyenda*, se incorporan artículos de los primeros años que nunca habían sido reeditados desde que Ortega los publicó, por ejemplo, “Descartes y el método trascendental”, la conferencia que dio Ortega en el Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias (1908). En las “Notas a la edición” se mencionan hasta una docena de artículos nunca reeditados, algunos de los cuales se ignoraba que existiesen. En los Anexos se editan por primera vez algunos artículos publicados sin firma en las revistas en las que colaboraba, *Faro, España*, pero que son de su autoría. Inevitablemente el volumen dos, al contener las ocho entregas de *El Espectador* presenta pocas novedades textuales. Se incorporan al “corpus” de OC dos breves escritos, “Caricaturas de Bagaría” y “La cátedra de literaturas neolatinas modernas” y en el Anexo algunos breves que Ortega retiró de sucesivas ediciones de los dos primeros *Espectadores*.

El tercer volumen recibe, y ello constituye una novedad, los artículos políticos del volumen X de las OC de 1983. El periodo que va de 1917 a 1923, coincidiendo con su salida de *El Imparcial* y la co-fundación de *El Sol* con Nicolás M^a de Urgoiti, es uno de los de mayor actividad político-periodística, cosa que refleja bien el índice de este volumen, mostrando el contraste entre la producción filosófica y la política. Los editores señalan que se incorporan un importante conjunto de escritos que hasta ahora habían formado parte del corpus de OC. Se trata de artículos que mandó Ortega a alguno de los medios en los que colaboraba por estas fechas, desde su *Revista de Occidente* hasta *La Nación* de Buenos Aires, pasando, claro está, por el ya mencionado diario *El Sol*. Los textos recuperados, por lo general breves, guardan relación temática con las preocupaciones y acontecimientos de esos años: por ejemplo, la visita de Einstein a Toledo, Simmel (psicología del amor), Proust (sobre la novela) o Frobenius (temas de etnografía e historia).

No me parece oportuno incorporar a esta nota informativa una valoración crítica de la nueva edición de OC de Ortega porque ni siquiera ha llegado a ver la luz el primer tercio de la misma. Si juzgamos a partir de los objetivos asumidos por los editores, ordenación cronológica de los textos, exhaustividad en la incorporación al “corpus” de OC, fijación de las variantes y elección de la más cercana a la intención de Ortega, he de decir que, a mi juicio, estamos sencillamente ante un éxito. Los editores han llevado a buen puerto la nave de estas nuevas obras completas y a los que nos dedicamos a leer filosofía española en general y a Ortega en particular no nos queda sino agradecerles sus esfuerzos y reconocer sin sombras ni peros que se ha acertado en el planteamiento y en la ejecución.

José Lasaga

ZAMBRANO, María: *Extractos del curso de Ortega sobre Galileo (1933)*. Universidad Politécnica de Valencia, col. “Letras Humanas”, 2005, 120 págs. Ed. de Ángel Casado.

Este libro se abre con una bella y cuidada Introducción de Ángel Casado (páginas 5-24) de la Universidad Autónoma de Madrid que el prologuista, Dr. Agustín Andreu, resalta con esmero. En ella se nos presenta bajo el título de “Consideraciones previas” un análisis detallado del texto y sus circunstancias, esto es, los extractos que María Zambrano recoge sobre el curso que Ortega y Gasset dictaba de febrero a junio de 1933 en la Cátedra Valdecilla de la Universidad de Madrid. Su título fue “Ideas en torno a las generaciones decisivas en la evolución del pensamiento europeo (Sobre la época de Galileo, 1550-1650)”.

Se analiza la importancia científica de la *Revista de Pedagogía* que crea Lorenzo Luzuriaga y la coincidencia en esos momentos con otras revistas de prestigio así como el panorama cultural español. Además, esta edición “tiene la razonable pretensión de facilitar a estudiosos y lectores de Zambrano el acceso al texto completo, para poder valorar así, de primera mano, ciertos aspectos singulares del mismo... verificar el rigor de forma y de fondo con que Zambrano presenta a los lectores el pensamiento de Ortega -ya perfilado a la altura de 1933- y explicita algunos de sus conceptos básicos, con trazos coherentes y vigorosos, en los que no es difícil advertir ... la presencia de temas que sugieren el peculiar proceso de búsqueda de la ‘razón poética’” (pág. 7).

Tras las “Consideraciones previas” el segundo punto de la Introducción se detiene en “Los extractos de María Zambrano”, el tercero en las “Reflexiones finales” y el cuarto trata de “La presente edición”. Esta investigación del profesor Ángel Casado enmarca y expone con maestría el contexto intelectual de España y de Europa en esas fechas, dejando también constancia de la relación entre la filósofa y su maestro, así como la “visión de una cultura nueva, que siga siendo, sin embargo, nuestra, es decir: una Europa rectificada” (pág 14).

El aparato crítico que acompaña a esta introducción está maravillosamente cuidado y desarrolla el contexto biográfico e intelectual de Ortega y de María Zambrano, tanto desde su condición de filósofos así como de la visión que tienen hacia Europa y de la importancia que este curso tuvo en el debate intelectual de la España de los años treinta. De este modo se da cuenta también de las peripecias de esta edición en su sentido histórico y en el que se refiere a los problemas de la publicación de dichos extractos.

Así nos adelanta “detalles significativos sobre la “recepción” zambraniana de Ortega...” (pág 20), pues Ángel Casado coteja dichos extractos con el texto publicado en 1947 de *En torno a Galileo* así, con todo detalle, deja ver las coincidencias, las “puntualizaciones”, ampliaciones efectuadas por Ortega en el desarrollo de las conferencias, que luego no se han incluido en la obra final. Y viceversa: hay numerosas páginas de *En torno a Galileo* de las que no encontramos referencia alguna en los extractos de Zambrano...” (pág. 21).

Además, esta edición se completa con dos Anexos. El Anexo I incluye un cuadro comparativo de algunos fragmentos de los extractos de Zambrano (1933) con los pasajes de *En torno a Galileo* (ed. de Paulino Garagorri, Madrid, 1982). El Anexo II corresponde al artículo de María Zambrano “Señal de vida” (Cruz y Raya, mayo de 1933) en donde, afirma Ángel Casado “Zambrano aprovecha para extenderse en consideraciones sobre la vida y obra del maestro, en las que reflexiona sobre el sentido profundo de la fe en la forma orteguiana del “sentir la españolidad como problema” (pág. 26).

En definitiva, un cuidadoso libro en la forma y en el fondo que además nos permitirá ahondar aún más y mejor en la relación filosófica de Ortega y María Zambrano, con una exposición muy documentada por parte del prof. Ángel Casado.

Juana Sánchez-Gey Venegas

SÁNCHEZ CUERVO, Antolín & SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín & SÁNCHEZ DÍAZ, Gerardo (Coords.): *María Zambrano. Pensamiento y exilio*. Madrid, Comunidad de Madrid/Morelia, 2004, 353 págs.

No estamos ante un libro más sobre María Zambrano, sino que esta obra constituye un notable esfuerzo por completar de forma rigurosa y documentada todo lo que se ha escrito

hasta ahora sobre la discípula de Ortega, que no ha sido poco, sobre todo en el pasado año, en el que se celebró el centenario de su nacimiento.

La intención del presente estudio es la de poner en evidencia el carácter universal de la filosofía de Zambrano, y ahondar en aspectos poco conocidos hasta ahora, como la influencia que en ella tuvieron personalidades que la marcaron profundamente como pueden ser su propio padre, Blas Zambrano o el poeta Antonio Machado. También se ha pretendido aportar detalles de su estancia en México, Cuba, Puerto Rico, y en definitiva sacar a la luz lo más esencial de su pensamiento.

Cabe señalar el carácter interdisciplinar de la obra, lo que le confiere un gran valor documental, gracias al destacado grupo de especialistas españoles y mexicanos que han intervenido en ella, coordinados magníficamente por Antolín Sánchez Cuervo, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz.

La obra se compone de doce ensayos que están divididos en cuatro partes. La primera de ellas se dedica a horadar en las fuentes de donde bebió este pensamiento. El primer ensayo es del profesor Agustín Andreu, y se trata de un estudio sobre la figura de Machado, quien puso su semilla en la pensadora a través de la amistad de éste con su padre, Blas Zambrano. A don Blas le dedica una completa y cuidada investigación el profesor José Luis Mora, autor del segundo ensayo, en el que también analiza la influencia que tuvo la ciudad de Segovia en la filósofa, ciudad en la que contactaría con la intelectualidad del momento y en la que, según el profesor Mora, gestaría su “razón poética”.

La segunda parte de la obra se centra en los años del exilio, que tan profundamente dejaron huella en María. Los dos primeros ensayos de esta segunda parte tratan de su estancia en México, que fue una etapa especialmente fértil y de trabajo intenso en donde se dieron sus primeras colaboraciones. El tercer ensayo estudia con detalle su estancia en Cuba, sus éxitos académicos, sus amistades, su relación con el grupo Orígenes, etc. Esta etapa será esencial para su pensamiento y para el desarrollo intelectual de la isla. El último de los estudios dedicados al exilio, de Antolín Sánchez Cuervo, es una honda reflexión sobre esta experiencia trascendente, pues como dijo la misma Zambrano, el exilio fue para ella algo “esencial”. Esta circunstancia se analiza aquí desde el punto de vista metafísico, como situación vital, como destino ineludible, como un momento inusual, único y de gran complejidad y todo ello, dirá el autor, convertirán la filosofía de Zambrano en una filosofía del “límite”.

La tercera parte de la obra pretende señalar las claves más importantes del pensamiento de María. El primer ensayo es del profesor Juan Fernando Ortega, quien analiza la originalidad de esta metafísica a la que califica de no idealista y de superadora de la modernidad y que, según el profesor Ortega, no parte del ser descarnado parmenídeo y huye del sistema, por lo que es una metafísica modesta y a la medida del hombre, que pretende contemplar más que conocer.

El siguiente artículo, del profesor Roberto Sánchez de la Universidad Michoacana, trata el tema de la identidad y lenguaje en María Zambrano. Para este autor, la filósofa encontrará en la novela el fiel reflejo del alma española, y en la confesión una forma de conocimiento en la que hay un contacto más directo con la vida y en la que el sujeto se revela a sí mismo. También se estudia aquí la poesía y la búsqueda de la palabra perdida. Blas Matamoro dedica su artículo a un tema clave para la pensadora veleña, España. Para ello se detiene en analizar las características del ser español zambraniano: ser religioso de base estoica, pesimista, que tiene la muerte como destino trágico, que vive en conflicto con la historia, realista... Alberto Enríquez, de El Colegio de México intentará esclarecer las razones por las que María no se dejó seducir por la figura de Goethe, y para ello estudia su correspondencia con Alfonso Reyes. La profesora Juana Sánchez-Gey, nos acerca en el siguiente ensayo a lo que más preocupó a María Zambrano, a saber, España, Europa y la búsqueda de un pensamiento nuevo. Aquí se tratan con detalle los temas más humanos de la

pensadora, entre los que destaca la cuestión política, que según la profesora Sánchez-Gey se resuelve con la apuesta zambrana por la persona y la convivencia y su deseo de reformar y transformar al hombre. Se nos ofrece, pues, una filosofía esperanzadora en la que la persona aparece como un ser para la paz.

El último de los artículos de esta tercera parte, del profesor Luis Andrés Marcos, hace un análisis de la herencia filosófica que ha dejado Zambrano, que se resume en la necesidad de recuperar la dignidad del hombre en un mundo cada vez más deshumanizado. El lugar de lo humano estará en la intersección entre la filosofía y la poesía, que es el tiempo auroral, apunta el profesor Marcos.

La última parte de la obra está compuesta por una completa cronología realizada por Jesús Moreno Sanz, como anticipo de la biografía que está preparando, y un álbum fotográfico.

Como vemos, se trata de una obra de obligada lectura para los interesados en el pensamiento de María Zambrano, que viene a rellenar algunos huecos y a completar todo lo dicho hasta ahora.

Marta Nogueroles

AYALA, Jorge M.: *J. D. García Bacca. Biografía intelectual (1912-1938)*. Madrid, Diálogo Filosófico, 2005, 329 págs.

A finales del año 2000, para conmemorar el centenario del nacimiento de García Bacca, encargué al profesor Ayala un artículo sobre la primera etapa de su vida, antes del exilio, que recogiese su época de religioso claretiano y sus primeros escritos de corte aristotélico-tomista. Era la persona más indicada para llevar a cabo dicho proyecto, por ser sacerdote claretiano también y haber estudiado en los mismos centros en los que se formó el filósofo hispanovenezolano. Al poco tiempo de comenzar sus pesquisas me comentó que era tanto el material que iba encontrando que lo mejor sería dejar el artículo y escribir un libro. Pues bien, helo aquí y sorprendente; un libro que, me arriesgo a decir, molestará a muchos y será silenciado casi por todos, porque desmitifica la imagen que el propio García Bacca ha querido dejar de sí mismo en sus confesiones autobiográficas.

Pasaba de los 80 años cuando García Bacca se decidió a dejarnos una autobiografía intelectual aparecida primero en el número monográfico que le dedicó la revista *Anthropos* (nº 9, 1982) y recogida después en *Autobiografía intelectual y otros ensayos* (Caracas, 1983), donde no hay datos biográficos pero sí una muy interesante interpretación de su evolución filosófico-científica. Él llama a cada una de las etapas *choques*, estableciendo dos perspectivas: A) Choques filosóficos contra el *Fondo* filosófico inicial, depositado durante unos veinte años (1918-1928); B) Choques científicos contra el *Fondo* filosófico de unos sesenta años (1918-1980). Gracias a estos choques pudo librarse y liberarse de la filosofía escolástica en que fue formado, como reconoce sin ambages: “de no haber sido por los choques filosóficos de que voy a hablar, hubieran hecho de mí una mediocridad filosófica de este tipo híbrido, infecundo filosóficamente que es la filosofía aristotélico-tomista”.

Y cuando ya bordeaba los 90 años escribió un libro de confesiones que mantuvo en secreto, con instrucciones a su mujer para que sólo se publicase tras su muerte. Y así sucedió con *Confesiones. Autobiografía íntima y exterior* (Barcelona-Caracas, 2000). En ésta su última obra, mirando hacia atrás con placidez distante, emprende la relación minuciosa de su vida desde una triple consideración: *memorabilia* (lo recordable), *memorata* (lo recordado) y *memoranda* (lo recordando). Una parte muy importante de sus confesiones narra la primera época de su vida anterior al exilio y su pertenencia a la congregación de los claretianos o

Hijos del Corazón de María. Si bien es cierto que García Bacca nunca ocultó ni negó su condición de sacerdote claretiano, también es verdad que apenas si se refirió a ella a lo largo de su dilatada vida, hasta el punto de que sus hijos, con alguno de los cuales tuvo ocasión de hablar, poco más podían decir de este asunto que su nuda afirmación. Incluso en las dos obras más importantes sobre el pensamiento de García Bacca, la de Ignacio Izuzquiza (*El proyecto filosófico de Juan David García Bacca*, 1984) y la de Carlos Beorlegui (*García Bacca. La audacia de un pensar*, 1988), los datos sobre el particular son bastante exigüos.

En estas *Confesiones* el filósofo se explaya largo y tendido sobre el período comprendido entre 1912 (cuando ingresa en el colegio que los claretianos tenían en Alagón) y 1938 (fecha en que abandona la Misión Española de los claretianos en París, deja la sotana y se viste de paisano, iniciando una nueva vida lejos de su pasado religioso). Jorge Ayala, utilizando datos de primera mano, sobre todo la correspondencia de nuestro filósofo con los superiores de su orden, documentos de diferentes archivos claretianos, así como el testimonio de compañeros y discípulos que le conocieron muy bien (especialmente reveladoras son las informaciones aportadas por Juan Sidera), va desmontando una por una las argumentaciones de García Bacca sobre su condición de religioso, los errores y manipulaciones intencionados, las ocultaciones y los engaños, las justificaciones sobre determinados comportamientos y conductas, hasta concluir cómo utilizó a la congregación en beneficio propio siendo enormemente desleal con ella. El hecho es que García Bacca ha querido transmitirnos una imagen de sí mismo que no se corresponde con la realidad, pues las cosas no sucedieron tal como él nos las cuenta, y, como señala el propio Ayala, “el problema que encierran estas *Confesiones* no es el de la exactitud cronológica o histórica, que aquí es secundario, sino el de su veracidad”.

La primera impostura tiene que ver con el nombre. Mientras permaneció en la congregación siempre firmó como David García, CMF. Al abandonarla en 1938, con vistas a forjarse una nueva identidad, recuperó su primer nombre (Juan) y el apellido de su madre (Baca) al que añadió una “c” para darse un aire extranjeroizante. Y necesitando justificar la razón de su pasado religioso, recurrió a la imposición y a la falta de libertad durante ese largo período de 26 años en que se forjó su personalidad. Las *Confesiones* pretende demostrar que fue claretiano contra su voluntad, lo cual podría aceptarse para su ingreso en el colegio de Alagón a los 11 años y en el de Barbastro dos años después, pero nunca para el noviciado en Cervera ni su ordenación sacerdotal en Solsona a los 24 años. Mirando hacia atrás con ira nuestro filósofo condena sin tapujos todo este período en que vaciaron su persona y le impidieron relacionarse con su familia; palabras aterradoras éstas en que dice: “estoy sentimentalmente seco. Me habían secado el alma, gradualmente, desde 1911 hasta 1925; desde el postulante a sacerdote”. Pero Ayala que ha reconstruido minuciosamente, con pericia y oficio de buen historiador, todos estos entornos formativos, señala que fueron sus viajes al extranjero y su contacto con la ciencia la causa fundamental de su vaciamiento de Dios. García Bacca hizo tres viajes de estudios a Munich, y visitó también las universidades de París, Lovaina y Friburgo (aquí conoce al P. Santiago Ramírez) con la intención de estudiar a fondo matemáticas y física y así actualizar el pensamiento escolástico. Pero lo cierto es que si alguna vez pretendió esto último, lo abandonó muy pronto, aunque en las cartas a sus superiores, y en especial las dirigidas al P. Juan Postíus, Prefecto General de Estudios y su gran valedor, que son lo más interesante de todo el libro, disimula hipócritamente para lograr sus fines, estudiar ciencias y no lo habitual entre los claretianos: Derecho canónico, Sagrada Escritura, Teología o Filosofía. En una de estas cartas afirma. “Soy escolástico fundamentalmente; más aún, tomista; mas con toda la amplitud de juicio y lealtad científica para abandonar todo lo que no me parezca verdadero”. Y en otra remacha: “Pretendo con tanta matemática y física restaurar la Cosmología escolástica a base de la metafísica y de los datos modernos”. Ante el recelo de sus superiores, que ven con temor la

inmersión del P. García en el pensamiento y ciencia modernos y su alejamiento progresivo de la línea oficial escolástico-tomista, siempre aparece la confianza del P. Postfús presto a allanarle el camino.

Para el curso 1930-31 es nombrado profesor de Metafísica en Solsona, y poco tiempo después inicia su docencia en la Universidad de Barcelona donde se radicaliza al máximo, tanto desde el punto de vista filosófico como político, pudiendo decir que se ha vuelto claramente republicano y agnóstico. Su alejamiento progresivo de la congregación y de la iglesia católica se hace tan patente durante los años de la república que apenas si puede acallar las sospechas de sus superiores, aunque él intenta salvar las apariencias de cara a seguir disfrutando de su privilegiada situación. Y en sus *Confesiones* reconoce esta doble vida: “Había perdido la fe, la fe religiosa. Exteriormente cumplía con mi profesión religiosa. Pero estaba dentro de un mundo en neblina”. Hipocresía y dualidad eran las constantes de su vida en esta época: “El cumplimiento perfecto de mis obligaciones como religioso y sacerdote no lo desvirtuaba mi estado mental. Observaba las fórmulas y ritos prescritos. Todo resultaba jurídicamente correcto. Misa, sacramentos administrados: confesión, comunión...”. Al iniciarse la guerra civil García Bacca se encontraba impartiendo conferencias en los cursos de verano de Santander; de aquí marchó a Barcelona y, poco después, a París donde siguió llevando una doble vida: como miembro de la comunidad claretiana en la Misión Española y como agente al servicio de la república. Sus *Confesiones* no dejan lugar a dudas: “Estaba de corazón y mente de parte de la República, ya desde hacía años [...] Como es natural, mi congregación -en París o en Roma- no sabía nada de mis simpatías por la República, de mi colaboración con la Embajada en la sección de propaganda. Y menos aún de mi estado espiritual íntimo y decisivo”.

En septiembre de 1938 tiene lugar el lamentable suceso de la (falsa) entrevista al obispo de Calahorra que precipita la solución final de García Bacca. En París se publicaba el periódico *la Voz de Madrid* en defensa de la república y en el número correspondiente al 9 de septiembre apareció una entrevista a dicho obispo realizada por un tal Ogier Preteceille (en realidad García Bacca) en la que el prelado afirmaba, entre otras cosas, que la desunión cundía en la zona franquista y que éstos eran los responsables del bombardeo de Guernica. Lo cierto es que ambos residían en la Misión Española y García Bacca aprovechó esta circunstancia para inventarse la entrevista en que un obispo de la España franquista criticaba el levantamiento militar y la guerra.

La conclusión de Jorge Ayala es que el filósofo hispanovenezolano no fue sincero en sus *Confesiones*; falta a la verdad en muchos hechos o miente llanamente, tergiversa o malinterpreta determinados sucesos, silencia inexplicablemente lo relativo al obispo de Calahorra y concluye rechazando de plano su pasado claretiano que vivió, según muestra el presente libro, entre el cinismo y la hipocresía. Hoy, gracias a este imprescindible estudio de Jorge Ayala, se recupera la primera etapa de la biografía de García Bacca, restituyéndola minuciosamente en sus hitos principales. Pero a partir del 26 de octubre de 1938 su vida inició una segunda travesía, y el lugar preeminente que ocupa en la historia de la filosofía pertenece a esta nueva etapa. Y ésta es ya otra historia.

Antonio Jiménez García

CAPELLA, Juan-Ramón: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política.* Madrid, Trotta, 2005, 285 págs.

La amistad y el afecto por una persona constituyen un buen punto de partida para presentarla a los demás. A veces pude restar sentido crítico a la presentación, pero

normalmente suele ser mejor que la aversión o la indiferencia. Desde la indiferencia no puede escribirse sobre una persona algo que resulte de interés para los demás. Desde la aversión, se escribirá un libelo o un panfleto. Creo que Juan Ramón Capella ha aprovechado bien la ventaja de conocer personalmente y ser amigo y discípulo de Sacristán, lo que le permite hablar en muchas ocasiones como testigo privilegiado. La posible falta de distancia crítica la ha sorteado con un análisis riguroso de la vida y la circunstancia del biografiado. El subtítulo, *una biografía política*, es perfectamente coherente con el contenido del libro. El lector encontrará muchas más referencias al contexto político y a las motivaciones que éste implica en el comportamiento y los escritos de Sacristán que sobre los avatares concretos de su vida cotidiana.

De esta manera, quienes sienten interés por la biografía íntima de Sacristán tienen aquí los datos básicos, aunque a mí, personalmente, me hubiese gustado saber algo más de su familia. Ese imponente Mercedes Benz que usaba su padre en 1960, en Barcelona, queda como un apunte en la página 28, pero el lector mínimamente curioso querría conocer más detalles sobre los negocios del padre y sobre su vinculación a la Falange. En cuanto a su segundo matrimonio, con M^a Ángeles Lizón, queda igualmente muy poco detallado. Pero entiendo que éstos son pormenores que no costará mucho reunir y que Capella ha preferido ir al debate de ideas.

Sacristán tiene en la filosofía española del siglo XX no sólo el aliciente de ser un pensador original, de espléndida formación, de infinita curiosidad, sino que resulta ser un testigo sin igual de la etapa de la dictadura y de la llamada transición. Sacristán es un comunista que emerge desde el erial franquista. Su inicial militancia falangista es algo que comparte con otros intelectuales de su generación, los cuales no tenían, claro está, otra tribuna para expresar sus inquietudes que la ofrecida por Falange. Su distanciamiento de los camisa azul (de su Organización Juvenil, pues no llegó a militar en Falange, según advierte Capella en página 29, nota 16) sí le distingue de otros, que consiguieron su ascenso justamente gracias a esa militancia. Sacristán, muy al contrario, fue marginado y perseguido por su actitud crítica, por su marxismo.

El hecho de ser Sacristán un intelectual que vivió y padeció el franquismo le convierte en una figura clave. No me refiero a que este hecho explique su importancia, sino a que su biografía es una magnífica ayuda para analizar el surgimiento y organización de la oposición intelectual al franquismo. Recordemos que los opositores intelectuales habían ido al exilio (si no habían sido víctimas de la guerra civil y habían encontrado medio de salir del país) y que su recuperación y posibilidad de verlos editados en España es cosa de los años 70 en adelante. Capella no subraya este aspecto, sino más bien la dimensión europea de Sacristán. Sin duda tiene razón al hacerlo, ya que tanto por su formación filosófica como por sus modelos teóricos y, sobre todo, por su original aportación a la comprensión del comunismo fue una figura no sólo relevante en España, sino en Europa y América.

Una de las cosas que el lector del libro percibe claramente es que el comunismo de Sacristán está muy emparentado con el de Gramsci, cosa que sabían ya quienes hubiesen seguido mínimamente su obra, pero aquí queda muy oportunamente subrayado, señalándose las consecuencias prácticas que siempre tuvo en él la comprensión del trabajo intelectual (producir cultura) y la aversión al mandarinato. En este sentido puede decirse que si Marx fue un guía en la teoría, como históricamente lo fue para el movimiento obrero, no lo fue por haber proporcionado algo así como un catecismo socialista o un sistema filosófico, sino por haber estudiado con rigor el mecanismo conforme al cual se mueve el capitalismo. Sacristán, lejos de sacralizar a nadie, usa a los clásicos del marxismo, tanto al propio Marx como a Gramsci, para aprovechar sus hallazgos metodológicos y proyectarlos sobre la realidad que le tocó vivir. Y así su biografía, la que nos ofrece Capella, no es sólo un estudio de su vida como individuo, sino un análisis del PSUC, del movimiento de los PNN (Sacristán fue uno de ellos,

y tómesese nota del grado de mezquindad que empleó el régimen para negarle el pan presionando a editoriales que le ofrecían traducciones), del nacimiento de Comisiones Obreras, del feminismo (muy interesantes los apuntes sobre el pensamiento de Giulia Adinolfi, la compañera de Manolo), del “socialismo real” y el eurocomunismo, del movimiento ecologista.

En cuanto a la obra de Sacristán, Capella señala que está por hacer una edición que reúna todos sus escritos. ¿Cuánto habrá que esperar para ver una edición digna, completa, de su obra? De momento tenemos este excelente libro sobre él, que no es poco y que da bastantes pistas para esta misma cuestión de los escritos de Sacristán.

Finalmente diría que este libro, escrito con pasión, además de con inteligencia, es una obra densa, que pretende y consigue entrar en la problemática estudiada por Sacristán, no en el sentido de proponerse ahorrar al lector el ir a su obra, sino todo lo contrario. El libro se propone mostrar que esa obra es importante porque no pretendió ser una obra académica, sino una indagación viva, “el proyecto de un filósofo político militante” (pág. 128).

Pedro Ribas

MINDÁN MANERO, Manuel: *Mi vida vista desde los cien años. Tercer tomo de “Testigo de noventa años de historia”*. Zaragoza, Sociedad. Coop. de Artes Gráficas, 2004, 203 págs.

A los 102 años el P. Mindán nos sorprende todavía una vez más con la publicación de un nuevo libro, ahora el tomo tercero de sus memorias que completa las entregas de 1995 y 2001. Según menciona en el prólogo “casi me da vergüenza publicar este libro, el último de mi vida, dada mi edad y mis limitaciones físicas. Tengo 102 años, no puedo andar, casi no veo, no puedo leer ningún libro, ni documento alguno por muy grande que sea la letra. Me tengo que valer solamente de la memoria y ésta me va fallando sobre todo en cuestión de nombres. Tengo que acudir a personas de confianza a que me copien o me escriban lo que les dicto. Menos mal que aún conservo mis principales posibilidades intelectuales para no decir tonterías y estar seguro de lo que me digo”. En cualquier caso, estas limitaciones reales no le han impedido seguir pensando, recordando y escribiendo.

El contenido de la obra se divide en tres partes claramente diferenciadas con un total de 15 capítulos que hacen referencia a toda su vida profesional y académica desde en final de la guerra civil hasta la fecha, con la única excepción de lo relativo al Instituto “Ramiro de Maeztu”, al que dedicó el segundo volumen de las memorias. La primera parte comprende su actividad como profesor en diferentes centros. En la Universidad de Madrid durante veinte años fue profesor encargado de curso enseñando Teoría del Conocimiento, o Criteriología (como se decía entonces); su método de enseñanza se movía entre dos ejes imprescindibles: la claridad expositiva y la síntesis comprensiva; su orientación venía marcada por un tomismo abierto a la modernidad según las líneas y directrices de sus maestros: fenomenología, filosofía de los valores y de la cultura, vitalismo y existencialismo. También explicó ocasionalmente otras materias como Lógica, Teodicea e Historia de la Filosofía Antigua y Medieval. En 1961 dejó la universidad y se marchó al CEU donde dio clase diaria hasta 1988 (con 86 años). Asimismo fue profesor de Religión en la Escuela Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos desde el curso 1949-1950, sustituyendo al P. Llanos, jesuita, cuando se marchó al pozo del Tío Raimundo. Igualmente fue nombrado profesor de Religión de la Escuela de Ayudantes de Obras Públicas.

La segunda parte se refiere a su actividad como investigador y su participación en congresos y en reuniones científicas. En el verano de 1941 se incorporó como Catedrático de Filosofía al “Ramiro de Maeztu” y enseguida pasó a integrarse en el Instituto “Luis Vives” de

Filosofía del CSIC. Se le encargó la formación y dirección de becarios, además de la creación de la biblioteca. Fue Vicesecretario del centro y Jefe de la Sección de Crítica. Destacó también como cofundador de la prestigiosa *Revista de Filosofía*, que dirigió entre 1942 y 1969. Fundó en 1949, junto con otros nombres prestigiosos del centro, la “Sociedad Española de Filosofía” en la que ocupó los cargos de Representante de los Catedráticos de Enseñanza Media, Secretario, Vicedirector y Director.

En otro orden de cosas, el P. Mindán participó en una quincena de congresos y reuniones científicas, con intervenciones de diferente tipo: ponencias, comunicaciones, conferencias, etc., tanto en el territorio nacional (Madrid, Barcelona, Zaragoza, Alcalá de Henares) como en el extranjero (Ámsterdam, Bruselas, Braga, Roma, Stressa, Gallarate, Venecia, Padua, Milán). Algunas de sus intervenciones, que permanecían inéditas, se publican aquí por vez primera; otras, en revistas o actas de difícil acceso, se vuelven a editar. En cualquier caso, son textos necesarios para formarse una visión completa y adecuada de su pensamiento; textos que recurren a autores y temas de su predilección: San Agustín, Santo Tomás, Heidegger, la fenomenología, el problema de la materia, la noción de verdad, el tema de la libertad, la forma en el conocimiento, la enseñanza de la filosofía...

La tercera y última parte apela a su condición de religioso. Aunque la ocupación principal del P. Mindán ha sido la de catedrático y profesor de filosofía, no hay que olvidar su vocación sacerdotal. Durante los años que dirigió el internado del “Ramiro de Maeztu” celebró la misa dominical para los alumnos internos en la iglesia del Espíritu Santo (antiguo Auditorio de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas) y también a veces en la iglesia de los jesuitas de la calle Serrano. Participó en varias reuniones sobre la enseñanza de la religión en la universidad organizadas por el Obispado de Madrid y la Acción Católica. En este punto se reproduce la homilía pronunciada en 1976 en la iglesia del Espíritu Santo con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, una homilía que resume de modo claro y sincero su entrega a Dios y su compromiso con los demás.

El último capítulo del libro muestra su propia satisfacción por el deber cumplido a lo largo de su vida, su entrega al trabajo con ilusión y esperanza, un trabajo constante y continuo, a veces excesivo y agotador que apenas si le dejaba tiempo para el descanso, como ha contado tantas veces. Y también el reconocimiento de sus discípulos y amigos, y del poder político, traducido en homenajes, distinciones y medallas, sobre todo en la última parte de su vida. El libro se cierra con sus palabras al recibir la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo, en 2001, y el discurso pronunciado en Calanda durante el homenaje que se le rindió al cumplir cien años, en 2002.

Toda una vida que incluso hoy, camino ya de los 103 años, sigue latiendo y enseñándonos el camino a seguir.

Antonio Jiménez García

VEGA REÑÓN, Luis: *Si de argumentar se trata*. Barcelona, Montesinos, 2003

Hay ocasiones en que te encuentras con libros que te sugieren cosas, que te excitan y otras también en que simplemente te enervan produciendo rechazo. Pero hay una circunstancia muy especial en la que aquello que experimentas es la clara impresión de haber querido escribir esa obra, y no me refiero sólo por su valor, sino porque entiendes las razones y la oportunidad de haberla escrito. Tal es la sensación que me ha producido este trabajo de Luis Vega. Se trata ante todo de una obra oportuna, necesaria y casi inevitable. Y así las cosas, lo mejor que podría haber pasado es que fuera él el encargado de satisfacer esta necesidad.

Estamos ante una peculiar especie que cubre al mismo tiempo dos géneros que rara vez mezclan bien, el del ensayo crítico y el del manual introductorio. El tema es la Teoría de la Argumentación tal y como esta se viene entendiendo en las últimas décadas. Se trata pues de una obra que se propone como fin el intento de fijar unos márgenes y unos objetivos para una disciplina, genéricamente dedicada al análisis del discurso argumentativo, que aún está definiéndose como tal. De ahí su oportunidad. Y está escrita sin dogmatismo, adoptando posiciones que siempre se abren hacia el pluralismo rechazando lo que sería más fácil: sentar cátedra. Parece mentira que de este modo se logre contribuir a fijar los tópicos y la metodología de una disciplina tan escurridiza como ésta, pero lo cierto es que su lectura suministra una creciente seguridad acerca de lo que uno sabe y desde luego acerca de aquello que es relevante hacer. Y además, cosa nada frecuente, estamos ante una obra que no renuncia al sentido del humor.

En su primer capítulo el autor hace algo que creo necesario en este caso. Se niega a dar por supuesto que el lector sabe y entiende las preocupaciones genuinas de la Teoría de la Argumentación y ofrece una especie de suave introducción apta para todos los talentos y orientaciones. Esta maniobra puede parecer inocente pero logra situar la Teoría de la Argumentación en el centro de *un cruce de caminos* que hace de ella un estudio multidisciplinar desde su misma constitución. Ofrece considerable terminología intentado fijar usos y costumbres beneficiosos y sobre todo piadosos con nuestra propia tradición. Aquí no vale importar tradiciones foráneas, debemos hacer nuestra parte, y ésta empieza por establecer nuestra propia terminología. Fija también una tricromía de opciones que luego se prolonga en toda la obra y que personalmente encuentro muy potente por su rendimiento. Se trata de aquella que opone la tradición lógica o analítica, a la dialéctica y a la retórica, todas ellas en lo que se refiere al estudio de la argumentación.

El segundo capítulo es el de mayor altura teórica, ya que está destinado a discutir y comparar los rendimientos de cada una de estas tres vías o enfoques. Destaca a mi juicio la lúcida crítica que se hace al análisis lógico. Favorece una interpretación con la que no puedo estar más conforme y según la cual la relación entre la argumentación cotidiana y la Lógica es la que existe entre dos lenguajes distintos. Decir esto en alto puede, a parte de liberar a la Lógica de pesadas e innecesarias cargas, resolver muchos malentendidos acerca de cuáles pueden ser las mejores herramientas a la hora de analizar el discurso ordinario. Por mucho que amemos a la Lógica ésta no es una de ellas. A parte de esto, lo que el lector va a encontrar es un justo balance de los méritos y virtudes de cada una de estas tres actitudes fundamentales ante el hecho de la argumentación. Y ello al tiempo que se ofrece información básica sobre cada una de ellas, combinación que no me deja de sorprender.

El tercer capítulo está destinado al estudio del razonamiento falaz y supone un recorrido panorámico sobre el vasto territorio del vicio argumental. Se vuelven a proyectar las tres perspectivas dejándose manifestar esta vez lo que a mi me parece una cierta simpatía, quizá porque yo mismo la tengo, por una determinada forma de entender el tratamiento retórico de la argumentación. Quiero destacar aquí la aguda crítica que Luis Vega hace de los más variados y concienzudos intentos por clasificar el reino de las falacias. Es cierto que los deseos de poner orden es lo único que le queda a nuestras ansias de conocer cuando se adentra en territorios tan salvajes como este. Pero clasificar no es conocer y esto es algo que queda muy claro en esta obra. El autor rechaza también lo que se suele denominar *teorías de la falacia única* es decir, aquellas que aprecian un mismo origen y causa para todo el vicio argumental. La de cal viene de su contundente reivindicación de la necesidad de teoría, en el sentido de esfuerzo teórico, para explicar y explicarnos el hecho mismo del razonamiento falaz. No es cierto como en su día reclamara G. Masey, o antes aún A. De Morgan, que del error no cabe hacer teoría. Sólo sucede que ésta es más difícil aún si cabe. Pero también hay lugar en ese apartado para las recomendaciones y no son inocentes. La primera consiste en

abandonar como objeto propio del razonamiento falaz aquellos casos en que no hay voluntad dolosa sino simple error. Es decir, Luis Vega sugiere que dejemos a parte lo que la tradición ha venido llamando *paralogismos* y nos centremos en los genuinos *sofismas*. La segunda recomendación se muestra favorable a abandonar las falacias lógicas viendo en ellas bien errores involuntarios, bien ejemplos escolares de mal uso de las reglas lógicas. Y esto es algo que me cuesta más aceptar. Ninguna de estas recomendaciones me parece fácil de digerir y no quizá porque me muestre contrario a su contenido, sino porque encuentro difícil su realización práctica. No consigo imaginar una buena forma de encontrar las fronteras correctas, el lugar por el que cortar con seguridad para asilar los fenómenos que deben ser el núcleo característico del estudio de la argumentación falaz. Pero estoy seguro que el autor sabe de esta dificultad.

He dejado para el final algunas cosas que son del principio pero que he preferido reunir ahora como perlas escogidas de mi lectura de esta obra. Se trata de ideas muy sencillas pero extraordinariamente potentes, o como el autor dice en un momento, de ideas de una gran *productividad argumentativa*. La primera de ellas, arrastradas desde la introducción, es la necesidad de pensar los objetivos y método de una *Lógica civil* o del discurso civil. La segunda idea, propia ya del último tramo de la obra, se refiere a la conveniencia de tener siempre presente la existencia de dos necesidades constantemente en tensión y diálogo, pero distintas también por ello, la de *dar razones* y la de *dar buenas razones*. Nuestra disposición a justificar las afirmaciones que hacemos vuela más alto y más deprisa que nuestra capacidad para hacer de ellas razones genuinas. Pero, y en medio de todo esto, ¿por qué argumentar *bien* si de argumentar se trata? ¿A caso no habíamos venido a oír estas razones? Ganas dan de dejar aquí la cuestión y recomendar al lector que descubra por sí mismo la respuesta permitiendo así que el suspense se mantenga como en las buenas críticas cinematográficas. Pero nada se pierde si se dice algo. Y la razón era que una cierta cantidad de vicio en el discurso es algo que las sociedades podemos permitirnos siempre y cuando no alcance un nivel incontrolable en el que la propia eficacia y sentido de la argumentación quede en cuestión. ¿No parece sencillo? Piénsenlo, porque no lo es.

Enrique Alonso

MIGNOLO, W.: *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid, Akal, 2003, 452 págs.

El libro de W. Mignolo comienza ahí donde las lógicas “pos” terminan y se agotan ya que, a diferencia de éstas, “los otros” no son un punto de llegada sino un lugar de partida; partir de aquello que silencia la historia porque es el silencio, y no el lenguaje, lo que está asociado a la condición humana, pues si bien otras especies animales han desarrollado sus propios dispositivos y mecanismos para comunicarse, sólo los seres humanos gozamos del privilegio de callar -como Bartleby, el escribiente del relato de Melville- y por desgracia, del poder de silenciar. Cuando callamos se crea un vacío, un abismo que nos separa del Otro; un espacio sin embargo que, si es fruto de la voluntad, tiene los mismos efectos que la soledad, pues es una actitud que recrea el espíritu, un oasis que calma la sed de estar siempre fuera de sí, naufrago de las cosas, pero que si se impone por la fuerza puede resultar la peor y más dolorosa de todas las formas de explotación humana, pues niega al otro la posibilidad misma de pensar y de hablar, de expresarse por sí mismo.

La crítica a estas prácticas silenciadoras y la consiguiente lucha por recuperar las voces silenciadas durante siglos de dominación y olvido, han pasado a convertirse en el reto principal de las Ciencias Sociales, y un desafío para el Humanismo. Al final del siglo XX, la

Modernidad se ha acabado convirtiendo en un proyecto deseado y a la vez en “*un sueño imposible*”: los intelectuales han perdido la fe en el “progreso” y el “desarrollo”, y la cultura occidental ha dejado de ser un punto de referencia y un motivo de orgullo para ser considerada como una máquina de opresión y dominación, al tiempo que mujeres, negros, indígenas y demás subalternos han salido de su silencio y han comenzado a reclamar su papel en la historia.

Como señala Mignolo, estos cambios en el orden de las cosas no se han correspondido con una verdadera transformación en el ámbito del conocimiento ya que, del mismo modo que Todorov nos recordaba que “*Colón descubrió América pero no a los americanos*”, podríamos decir que hoy, la Posmodernidad ha descubierto la Otredad pero no a “los otros”, al considerarlos de nuevo como objetos, que ahora hablan, pero a los que se niega la condición de sujetos epistemológicos y productores de conocimiento. Mignolo desborda la crítica poscolonial al eurocentrismo que cuestiona la mirada de Colón distorsionando y deformando la imagen de los indios para inscribirlos en un proyecto de dominación y explotación, y no se conforma con reivindicar el reconocimiento posmoderno de la existencia de las distintas miradas (occidental e indias) que se encontraron en el “descubrimiento” de América. Más allá de estos dos proyectos de crítica del sistema moderno, busca enraizar su planteamiento en la propia perspectiva del indio que ve desembarcar en sus playas a esos gigantes de piel blanca; nos propone partir de un pensamiento “otro”, en suma: “*pensar desde la razón del esclavo y no del amo, no porque aquella sea marginal con respecto a ésta, sino porque la razón subalterna incorpora y fagocita la razón hegemónica dando lugar a una nueva gnosis fronteriza*” desde la cual, sólo y únicamente, se puede pensar un “mundo otro”.

Como “*latinoamericano y latinoamericanista en los Estados Unidos*” que dice ser, Mignolo reconstruye toda esa tradición de pensamiento crítico sepultada bajo el manto de la hegemonía occidental y se adentra así en un diálogo con y desde el Sur, con aquellos intelectuales que desde el ámbito latinoamericano (desde Waman Puman hasta Gloria Anzaldúa, pasando por José Carlos Mariátegui, Fernando Ortiz, Alonso Quijano o Enrique Dussel), africano (Abdelkebir Khatibi, Emmanuel Chukwudi Eze) e incluso asiático (Tu Wi Ming o Guha y el Grupo de Estudios subalternos de la India) están contribuyendo a crear nuevos lugares de enunciación desde los que desafiar la hegemonía occidental, como el propio Mignolo hace al pensar la Globalización desde la utopía, pensando en la construcción de otros futuros basados en distintos principios éticos, políticos, económicos y epistemológicos. Por eso podemos decir que el objetivo último de Mignolo no es tanto la recuperación de las voces silenciadas, sino contribuir a la descolonización del pensamiento mismo.

Al invertir la significación del argumento de Hegel sobre la relación del amo y el esclavo, radicando la fuente del pensamiento en la situación en la que se produce la enunciación, “*soy de donde pienso*”, Mignolo cuestiona la lógica del axioma cartesiano “*pienso, luego existo*” y logra superar los presupuestos epistemológicos fundamentales en los que se ha basado la construcción de la Razón moderna. Privilegiar el “estar aquí” (*soy de donde pienso*) a “ser alguien” (*pienso, luego existo*), permite poner de relieve el hecho de que el pensamiento no es un tesoro universal al que todos tienen acceso pero del que sólo unos pocos tienen la llave, sino que está encarnado en cuerpos, sujetos concretos que viven, sienten, piensan y hablan desde un determinado lugar. Ahora bien, la cuestión central es que, a pesar de que todos tenemos las mismas capacidades para producir pensamiento “local” -es decir, siempre situado en un contexto geopolítico-, no todos somos escuchados de la misma forma, y muchos incluso viven la tragedia de ser silenciados. La geopolítica del conocimiento determina así que unas sociedades sean consideradas sujetos de conocimiento mientras que otras quedan relegadas al papel de meras sociedades que producen culturas para ser estudiadas, de ahí que las diferencias entre distintos sistemas de conocimiento no se puedan

explicar por las “diferencias culturales” (como nos habría hecho creer ese “multiculturalismo reaccionario”, en términos de Boaventura de Sousa Santos) sino más bien a través de la “diferencia colonial”.

Siguiendo a Aníbal Quijano y a Enrique Dussel, Mignolo recoge el concepto de “colonialidad del poder” para referirse al dispositivo epistémico que produce y reproduce las diferencias coloniales a través de sistemas clasificatorios que jerarquizan las distintas sociedades y los seres humanos en escalas de inferior a superior. La colonialidad del poder vendría a operar así transformando las diferencias coloniales en valores que legitiman el poder de quien domina y la subyugación de los dominados. Lejos de ser meros juegos del lenguaje inventados por los intelectuales orgánicos de cada época, lo interesante y trágico de estas clasificaciones es que operan justificando decisiones económicas y políticas, guerras y formas de control, explotación y gestión de los pueblos, ya que calificar de bárbaros, primitivos o subdesarrollados a los otros, imprime a quien define (los dominadores), un carácter de héroes civilizadores y libertadores, mientras hace de los costes (víctimas y sacrificios) de esta misión, algo necesario e inevitable, de tal modo que el dominador queda redimido de su responsabilidad, y el dominado puede llegar a justificar incluso su sufrimiento. Y es que, la colonialidad del poder necesita de la colonialidad del saber para expandirse, legitimarse y perpetuarse en el tiempo.

Según Mignolo, si construimos la Modernidad como producto de la Ilustración (como habrían hecho las teorías posmodernas y poscoloniales) caeríamos en el error de ignorar el papel central que jugó América en la construcción del imaginario del sistema-mundo moderno, ocultándose con ello la colonialidad y la esclavitud como procesos centrales en la constitución de este imaginario. Y es más, el autor añade que sólo así, ocultando su lado más oscuro, la modernidad pudo emerger como un proyecto emancipador. Entender así la colonialidad como la otra cara de la modernidad, y no como su fase anterior, nos permitiría superar la tendencia a ver de manera unilineal la Historia, que se plantea como la historia de la Razón, y no de la diversidad de razones, y cuya última realización sería la actual Globalización (entendida ésta como un nuevo diseño civilizador y no simplemente como una nueva forma de organización económica). Así pues, plantear la colonialidad de la modernidad como su alter ego, posibilita mostrar la construcción de la Historia como el relato de unas sociedades concretas y grupos dominantes que imponen su historia particular y local como si fuera una Historia Universal; o como dice el propio autor, una historia local que adopta un diseño global, subalternizando así las otras historias.

Mezcla de análisis histórico y ensayo ético y político, los argumentos del autor propiciando el diálogo con los pensadores del sur, no se detiene en la denuncia del pensamiento hegemónico como un instrumento de poder, sino que va más allá, al proponer la “diversalidad” epistemológica y el “cosmopolitismo crítico” como deseos y proyectos políticos que surgen desde la multiplicidad de experiencias y perspectivas de los subalternos. Pensar desde el otro lado significa de este modo, reconocer que los subalternos “*no sólo producen culturas para ser estudiadas sino intelectuales que generan teorías sobre su propia historia y cultura*”. En Mignolo, la historia se pone al servicio de la utopía y los sueños vienen de la mano de la memoria del pasado y de la experiencia de la colonialidad para contribuir a pensar un “mundo otro”, menos global y más diverso, donde el silencio no sea el resultado del ejercicio del poder sino más bien el lugar donde radica un “pensamiento otro”, un paradigma otro, que no tiene más origen común que las múltiples historias locales marcadas por la colonialidad del poder, ni más autores de referencia que esas miles, millones de voces condenadas al silencio durante más de 500 años de dominación occidental.

María del Carmen Doncel y Juan Carlos Gimeno

BIAGINI, Hugo E.: *Entre la Identidad y la Globalización*. Buenos Aires, Leviatán, 2000, 101 págs.

En la obra comentada, Hugo Biagini realiza un análisis del problema identitario, abordándolo en el marco del proceso de globalización y acercando finalmente una visión latinoamericana de ambos temas.

El texto se halla dividido en dos grandes partes. En la primera, bajo el título de Panorama Mundial, el autor introduce el problema identitario haciendo referencia a los nombres propios y a la forma en la que ellos se han relacionado a lo largo del tiempo al concepto de identidad. Para que cada uno pueda ser identificado con relación a los demás es que se ha recurrido a los nombres propios. En este contexto se ha podido advertir, a través de una serie de estudios realizados como por ejemplo el de la filóloga sevillana María José Rincón quien recopila los pintorescos nombres de pila escogidos en la República Dominicana, una gran variedad de nombres vinculados a las ideologías, la toponimia y el santoral católico como fuentes básicas ligeramente adulteradas.²

Además, Hugo Biagini enfoca el problema identitario en el marco de la crisis contemporánea, donde se destaca el conflicto que surge a partir de la tendencia hacia la deshumanización, con el predominio del utilitarismo sobre la solidaridad. Aparece en este escenario el concepto de identidad como una noción que implica “la idea de unidad en medio de la diversidad” (...“un mundo donde puedan caber todos los mundos (...) Detrás de nosotros estamos ustedes. Somos los mismos ustedes.”).³

En relación a la globalización se destacan fundamentalmente las diversidades culturales, y en tal sentido se esbozan distintas posturas con respecto a este tema. Finalmente, se contrastan dos perspectivas con respecto a nuestra actualidad, por un lado la divinización de la sociedad de consumo, y por otro la necesidad de plantear alternativas renovadoras del statu quo.

En la segunda sección de la obra se enuncian una serie de pautas que caracterizan la filosofía latinoamericana destacándose el espacio académico que esta disciplina ha logrado alcanzar, pese a las constantes críticas recibidas. También se rescata el fuerte lazo que ha mantenido América Latina con la cuestión social. Por último se pone especial énfasis en el gran desafío para la región centrado en su problema identitario. El autor concluye abordando, desde una perspectiva crítica, las distintas manifestaciones filosóficas en el caso argentino en particular.

Si nos concentramos en la forma en la que la problemática planteada se aborda en esta última parte de la obra, debemos decir que Latinoamérica en su conjunto no ha logrado un desarrollo identitario. Todavía existe entre nosotros la necesidad de crear un mundo diferente y mejor, sobre todo en los últimos tiempos marcados por profundas crisis de carácter político, económico y social.

Por otro lado, hemos de considerar la persistencia de una identidad negativa, en el marco de la cual se observa la discriminación relacionada a la migración regional (bolivianos, peruanos...), sumando elementos deshumanizadores a dicha problemática. Además se agrega la idea de un enfoque escéptico sobre identidad que no permite hablar, por ejemplo, del hombre latinoamericano, debido al alto grado de complejidad que existe al interior de cada una de las naciones que conformamos esta región del continente americano.

Quizás debamos también destacar que a lo largo de la obra comentada no se observa

² RINCÓN, María José: *Encantos de ser diferentes*. Diario *El País Digital*, artículo de Miguel Ángel Ordóñez, Madrid, España, 2000.

³ Declaraciones recogidas en el *Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, celebrado en Chiapas, México, hacia 1996.

una referencia a la experiencia del MERCOSUR dentro de América Latina. Pensamos que un acercamiento a este proceso desde la problemática identitaria resultaría muy rico e interesante, en tanto móvil para fomentar y afianzar la necesidad de construir una razón para andar juntos, de pensar en el MERCOSUR como un proceso de regionalismo abierto, no cerrado, no una identidad mercosureña autárquica, sino pelear un lugar en el mundo, en contra de la falta de reconocimiento de ese otro MERCOSUR posible.

A manera de una reflexión final, y siguiendo a Leopoldo Zea, debemos destacar que “...una de las bases del verdadero concepto de igualdad está en el reconocimiento de la diferencia...”⁴. En este escenario tan complejo hemos de ser capaces de reconocer la dignidad de las más diversas identidades sociales y culturales, la multiplicidad cultural como característica de lo humano, ideas que podemos observar en el largo camino recorrido por el pensamiento popular latinoamericano en tanto reivindicación de ese mundo largamente acosado.

Y por que no, como el mismo Biagini señalara alguna vez, asociar la dinámica identitaria a la utopía, pensando en un proceso de permanente búsqueda y enriquecimiento de lo nuestro.

Mariela Mustapich

QUESADA MARTÍN, Julio: *La Filosofía y el mal*. Madrid, Síntesis, 2004, 443 págs. ISBN: 84-9765-228-3.

El problema del mal es complejo desde su planteamiento: ¿qué preguntas debemos hacer?; ¿cómo se debe plantear?; ¿por qué el mal?; ¿tiene entidad o carece de ella?; ¿cómo explicamos el sufrimiento y el dolor?; ¿por qué existen la violencia, la corrupción, la traición, la crueldad, el terrorismo y la perversión? Desde variados campos se ha abordado el tema: filosofía, teología, historia, política, ciencia, arte, literatura, cine; las más de las veces sólo tangencialmente y con poco éxito esto indica lo dificultoso de la empresa.

Este problema se encuentra latente desde que el hombre es hombre y lo va acompañando a lo largo de su recorrido por la historia, su permanencia en el tiempo ha hecho que se presente con variados rostros y en ocasiones puede explicar nuestra dificultad incluso para reconocerlo.

Como ciertos problemas humanos se puede procurar reflexionar sobre el, darle alguna posible explicación, ignorarlo como si no existiera, etc., pero pocas veces nos encontramos con un estudio serio que dimensiona y reflexiona sobre el mal y su espinosa trayectoria.

A través de las 443 páginas y 6 capítulos el autor analiza a partir de diversas perspectivas el problema del mal desde Platón hasta Hannah Arendt.

Las respuestas a las interrogantes sobre el problema del mal dan lugar a diferentes teorías como ha ocurrido con la filosofía de la historia, la idea de progreso, la de una defensa racionalista de la cultura y de la ciencia y en general a lo que el hombre a inventado para racionalizar el caos; las depuraciones étnicas bajo diversos nombres como el de dios, el progreso así como la atracción estética, literaria y artística que han tenido sobre nosotros las imágenes del terror.

Destacamos únicamente algunas cualidades del libro como por ejemplo poner en evidencia que el holocausto es algo que hay que volver a pensar para no encontrarnos con holocaustos de primera o de segunda y ante este problema puntual se señala la contingencia, la fragilidad y vulnerabilidad de los seres humanos.

⁴ ARGUMEDO, Alcira: *Los silencios y las voces en América Latina*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 2001, pág. 193.

Tal vez lo único que puede poner límites a estos excesos que ya no pueden maquillarse bajo las distintas retóricas que hemos visto a través de la historia, es volver al punto de partida filosófico, político y literario que es la tragedia, como señala el autor, y hacer hincapié en que la modernidad admite lecturas, no es algo unidimensional sino que tiene dentro de sí tensiones muy poderosas donde, por un lado, está el peso onto-teo-teleológico y político del Principio de Razón Suficiente como fundamento de la modernidad y por otro, muy cercano a la literatura concretamente a la novela moderna iniciada por Cervantes ese elemento trágico que habría venido a señalar don Quijote.

Reflexiones sobre lo ocurrido en el Congo Belga, propiedad personal de Leopoldo II Rey de Bélgica no sólo pueden sino que deben caber en la filosofía, así mismo como con el destino paradójico de Fritz Haber que después de participar en la 1ª Guerra Mundial como uno de los grandes inventores de las armas químicas se le concede el premio Nobel y con este reconocimiento prosigue hasta desarrollar el gas mostaza y el Zyclon B con el que morirían miles de judíos pertenecientes a su misma raza.

Al parecer este laberinto en el que avanzamos científicamente e inversa y proporcionalmente retrocedemos desde el punto de vista moral, es el de la condición humana del que no podemos salir ni aclarar totalmente porque forma parte de nuestro modo de ser.

La agudeza del autor en recuperarnos el trasfondo boudeleriano que hay en la película *Apocalypse Now*, narración cinematográfica basada en la novela de Joseph Conrad “El corazón de las tinieblas”; señalamiento que tiene a su vez el pensar nuevamente la relación entre occidente y el nihilismo, ejemplificado en la canción “The End” de los Doors así como el exterminio que en nombre del progreso las potencias europeas llevaron a cabo en África a lo largo de los siglos y que se le ha llegado a considerar para asombro de más de uno, como el holocausto negro.

Al mismo tiempo nos parece destacado a nivel antropológico cultural el pensar el problema del mal en Kant como aparece en su libro “Antropología” el concepto de “*positive Unvernunft*” (vacío positivo), y que con las magnitudes negativas y la filosofía crítica presentan a un Kant no tan ordenado como pareció mostrar la filosofía de la historia identificada con el Progreso.

También nos parece relevante el capítulo quinto titulado “Hermenéutica, Lenguaje y Política: la ontologización estético-lingüística del Ser y el Posthumanismo” en donde se demuestra que la interpretación hecha por Heidegger de Nietzsche se encuentra mediatizada por el prejuicio (hermenéutico) del capítulo 74 de *Ser y Tiempo*, donde la historicidad aparece en su finitud, es decir, la ontologización del *Volk*; adquiriendo de esta forma *Ser y Tiempo* la relevancia política, esencialmente nacionalista, que ciertos especialistas heideggerianos se niegan a aceptar.

Al final del libro nos encontramos con una original postdata titulada *Nihilismo y terror* en donde nuestro autor muestra un valor de la Ilustración, esto es pensar por sí mismo, algo inusual entre algunos filósofos. Esta postdata critica las tesis de André Glucksman sobre la relación entre terrorismo islámico y nihilismo; advirtiendo el autor que justamente es lo contrario: los nihilistas somos nosotros convertidos, a través del relativismo, del pensamiento débil, la muerte del sujeto y demás enmascaramientos intelectuales en apacibles manadas que parecen no querer escuchar ninguno de los constantes aullidos de un lobo feroz que pone bombas y que se encuentra frente al estupor de los que han perdido sus propias creencias religiosas, filosóficas, científicas y políticas.

Adriana Rodríguez Barraza